



LA EJECUTIVA SE DESMELENA

M. K. ALTAIR

LA EJECUTIVA SE DESMELENA

M. K. Altair

Copyright © 2023 M. K. Altair
Creación 100% humana.
En la redacción de este texto no intervino
Inteligencia Artificial alguna.
Obra registrada en SAFE CREATIVE
bajo el código 2306134574348.

Todos los derechos reservados.

INFORMACIÓN IMPORTANTE

En aras de la fluidez narrativa esta obra prescinde de elementos importantes en toda relación carnal, en particular el uso de preservativos al practicar actos sexuales con desconocidos, prevención que en la vida real debe ser cumplida sin falta.

Recuerda... ¡Póntelo, pónselo!

ÍNDICE

[INFORMACIÓN IMPORTANTE](#)

[LA EJECUTIVA SE DESMELENA](#)

[SOBRE LA PERSONA QUE ESCRIBIÓ ESTA OBRA](#)

*El amor es la respuesta, pero mientras la esperas,
el sexo plantea algunas preguntas bastante buenas.*

Woody Allen

LA EJECUTIVA SE DESMELENA

La secretaria entró en el despacho precedida por dos ligeros toques a la puerta. Su andar más silencioso de lo normal se debía a que había quebrantado la orden de la directora de Recursos Humanos de no molestarla en esa primera hora de la mañana, pero la situación lo ameritaba. Mientras cruzaba la antesala del despacho, la secretaria pensó que la inusual petición de audiencia del jefe de seguridad de la Corporación sin duda estaba relacionada con el vídeo que se había regado como la pólvora la noche antes por WhatsApp. Para colmo esa mañana el repartidor de Amazon que siempre los atendía le había dicho: «Acabo de ver a vuestra jefa de Finanzas en Twitter... ¡Qué arte tiene! El vídeo no lleva ni seis horas de publicado y ya tiene doscientas mil visualizaciones».

Pero claro, su jefa, la directora de Recursos Humanos no tenía redes sociales. Además nadie se atrevería a enviarle por mensajería instantánea ese vídeo, al menos no ella. La directora era de aquellas personas que al recibir una mala noticia arrasaba con todo, incluido el mensajero. Tal vez el jefe de seguridad pudiera sobrevivir ya que venía del Ejército.

La mujer se detuvo a un lado del escritorio en cuya superficie pulida y brillante se reflejaba todo el lujo de una de las oficinas más importantes del Paseo de la Castellana. Quieta como una estatua ni siquiera carraspeó. Sabía que hasta que la ejecutiva no volcara en el ordenador la idea que tenía en la mente y la guardara en dos archivos redundantes, no la atendería.

Una vez cerró la tapa del portátil, la directiva la miró, dándole la oportunidad de explicar el por qué de su interrupción.

—El jefe de seguridad quiere verla. Dice que es urgente y grave.

—¿Urgente y grave? —la ejecutiva se echó hacia atrás en la silla—. A ese hombre nunca lo toman por sorpresa, qué raro... ¿De qué se trata?

—No sé, no adelantó nada. Cuando le dije que no se le podía molestar, se puso tieso y dijo —la joven puso voz ronca—: Tengo que ver a Helena Romero, es un asunto urgente y grave.

—Puede que no te dijera de qué quiere hablar conmigo —la directora entrecerró los ojos—, pero sin duda lo sabes, se te nota en la cara.

Pensar en lo que esa noche había visto en el móvil le hizo recordar las dos veces que se había masturbado. Eso empeoró la situación, porque le encendió las mejillas. Al ver el rubor, la jefa insistió ya que detestaba que la pillaran desprevenida en una reunión.

—Vamos, dame una pista.

—Ehhh...

Tres golpes a la puerta dejaron claro que el exmilitar estaba impaciente.

Susurrando, la secretaria se decidió.

—Está circulando un vídeo con la directora de Finanzas dándose un revolcón con un chaval.

La jefa puso cara de pocos amigos, como la que pone alguien cuando quiere matar a la mensajera.

—Eso está englobado en el ámbito de lo personal —la ejecutiva se levantó de golpe.

—No si el revolcón es en nuestra sala de prensa, con uno de los pasantes y con el logo de la Corporación como fondo.

Tres toques más cortaron la conversación. La secretaria corrió a la puerta, la abrió, dejó pasar al granítico hombre con tablet en mano y pelo cortado a cepillo y luego se esfumó, cerrando muy despacio.

—Permiso directora.

—Pase, siéntese.

—No, prefiero estar de pie.

Estar bien plantado sobre sus botas era, para un antiguo oficial de la infantería, garantía de poder reaccionar más rápido ante cualquier eventualidad, máxime cuando tenía que tratar asuntos con alguien que lo turbaba. El cincuentón sudaba cada vez que estaba a solas con esa mujer, diez años más joven que él y con un temperamento y un porte que le recordaba a un general, o más que a un general, a un emperador... o emperatriz en este caso, pero atractiva hasta el límite de lo imposible: gran parte de su metro y setenta y cinco estaban ocupados por sus torneadas piernas, rematadas por un culo redondo y que contrabalanceaba unos pechos de las mismas proporciones cuyo canalillo de suave piel blanca tenía bajo vigilancia gracias a su desarrollada visión periférica.

—Grave y urgente. Jamás creí escucharle esas palabras, coronel, y menos juntas.

—Su secretaria no me quería dejar pasar —el hombre alejó de su mente el cálculo de hasta dónde le llegaría su cabellera rubia de no estar siempre torturada por apretados moños—. Aún así el asunto impactará en la honra de la empresa y afectará la moral de nuestros cuadros.

Influenciada por el motivo de la reunión, la ejecutiva se preguntó si al follar con su mujer el jefe de seguridad sería tan marcial como cuando hablaba.

—Coincido con usted en que el asunto es delicado —dijo reforzando su imagen de que nada de lo que sucedía en la Corporación escapaba de su conocimiento—, pero mucha agua ha pasado bajo el puente desde vídeos como el de Pamela Anderson... Hoy día esos escándalos se olvidan en veinticuatro horas.

—En Twitter, tal vez, por ser mensajes de naturaleza efímera. Pero no en Porn Hub —replicó el militar antes de activar un vídeo pausado en la tablet que plantó sobre el reluciente escritorio.

El film, que iba por la mitad según el marcador de tiempo, mostró a su amiga Cristina, la directora de Finanzas, abierta de piernas, inclinada hacia delante y con los senos en movimiento sincronizado con los embates del imberbe pasante que la cabalgaba como esos jinetes de Marlboro de cuando había publicidad de cigarrillos.

Lo primero que sintió Helena fue desprecio por los malos modos de ese hombre que ni siquiera pidió permiso para poner en marcha el vídeo. Era su manera de protestar por la cruzada igualitaria que ella, como directora de Recursos Humanos, había emprendido. Todos decían que el antes galante y caballeroso coronel ahora se comportaba cual camionero, tal y como acababa de demostrar.

En la mesa, los cuatro microaltavoces pasaron de los jadeos a las palabras al tiempo que la jefa de Finanzas se alejaba del pasante, se giraba y, con una mano bajo cada uno de sus maduros y generosos pechos, los presentaba al joven como ofrenda:

«Estas son tetas mi querido becario, nada de silicona como las de las chicas de esta oficina».

Las palabras centraron la atención de Helena en la crisis del momento y la hicieron descartar la primera solución que le había venido en mente. Ese comportamiento y la exposición del nombre de la empresa le harían imposible transferir a su amiga a alguna de las pequeñas sociedades de la Corporación.

—Nuestra pesquisa descubrió que esta es la fuente original. Dura más de veinte minutos. De aquí extrajeron los cortos que están circulando en las redes sociales —explicó el coronel sin intención de pausar el aparato, que en ese momento mostraba la enorme polla del chico encastrada entre las tetas, que a su vez eran movidas por las manos de su amiga.

La directora optó por desviar la atención de lo meramente sexual.

—¿Ellos se grabaron? No tiene sentido.

—Creemos que fue alguien de la subcontrata que lleva el sonido de nuestros eventos. Cada tanto le hacen mantenimiento a la cabina de control de la sala de prensa.

«¿Es que tú no te corres nunca, chaval?» interrumpió el aparato, atrayendo ambas miradas, que coincidieron con un agrandamiento del plano, sin duda hecho con la cámara profesional del recinto con la que emitían los directos por Internet.

La directora percibió que el silencio que se hizo entre ella y el coronel era el empujón final del pulso con el que el jefe de seguridad la estaba retando, como cuando dos moteros iban uno contra el otro para ver quién se desviaba primero.

Pero se quedaría con las ganas. No sería ella...

—¡Sí, becario! Dámela toda —dijo la mujer de la pantalla antes de liberar el abrazo de sus senos sobre el duro miembro para, un instante después, atraparlo de nuevo dentro de una boca incapaz de retener tanto semen.

Frustrado al ver que la mujer le aguantó el pulso, el jefe de seguridad cogió la tablet, cerró la tapa y caminó hacia la puerta. Antes de cruzarla, miró a la altiva ejecutiva y sentenció:

—A la jefa de Finanzas el despido se le atragantarán más que todo lo que le dio el pasante.

Al irse Helena sintió un gran enojo pero, para su sorpresa, no por las descorteses maneras del jefe de seguridad. Tampoco por el problema con el que debía lidiar la Corporación. Un enfado nacido en su sexo, ya caliente y húmedo al recordar al joven y musculoso pasante, que la hizo sentir una sensación tan placentera que la enfureció aún más.

* * *

Helena Romero se sintió afortunada de no tener que pasar por el mal trago de despedir a su colega. Su renuncia con carácter inmediato había llegado vía correo electrónico mientras hablaba con el jefe de seguridad.

«Qué tonta, desperdiciar así una jugosísima liquidación» se dijo mientras iba al *office* para hacerse una tila. Al recorrer el tabique semicircular que daba acceso a la confortable área de descanso, el tono conspiratorio de una conversación la hizo detenerse y escuchar a escondidas.

—Pero la directora está casada, ¿no?

Helena creyó que hablaban de ella, pero lo que siguió le hizo comprender que hablaban de su colega de Finanzas.

—Precisamente. Pero sé que estaban mal, carcomidos por la rutina. Si ella se hubiera reencontrado con su marido en vez de revolcarse ayer en las oficinas de la Corporación, no estaría pasando por esto y sería feliz. Para eso una tiene hombre en casa.

—Habla por ti. El matrimonio es una lotería —la interlocutora bajó aún más la voz antes de preguntar—, ¿de veras crees que ocurrió ayer?

Helena la identificó como una de las chicas de contabilidad. La otra era la secretaria de Cristina, su amiga caída en desgracia.

—Claro que sí, ¿no recuerdas cómo iba vestida?

—Ayer no la vi. Si lo dices tú, que trabajas con ella, te creo. Pero... ¿por qué dijiste que es una guarra por partida doble?

—¡Porque no se lavó! En la sala de prensa no hay baños y yo me la encontré cuando salió de ahí, toda azorada. Para disimular me preguntó por unos informes que ya le había dado. De ahí regresamos juntas a su oficina y le mostré donde estaban. A mí me llamó la atención, porque olía como a gimnasio... ¡Pero lo que olía era a macho! Esa tía trabajó el resto de la tarde con las tetas

embarradas de leche. ¿No viste el final del vídeo?

—No pude, el enlace me llegó esta mañana y solo vi un trozo.

—La muy zorra ordeñó al pasante con su boca. Luego dejó caer todo en sus tetas y se las masajeó, como si fuera leche hidratante.

—Pues leche era...

La directora de Recursos Humanos irrumpió en el office con ansias de poner a las dos en su sitio, pero eso sería como apagar fuego con gasolina. Se limitó a expulsar con la mirada a la de contabilidad y dar instrucciones a la secretaria de su amiga para que metiera los objetos personales de la directora de Finanzas en una caja y la llevara a su despacho. Ya se imaginaba al presidente mostrándole el porcentaje de productividad perdido por la distracción del revolcón.

Mientras vertía agua caliente sobre las dos bolsitas de tila que había puesto en su taza, el jefe de Soporte Técnico entró en el office.

—Buenos días, Helena. Visto lo sucedido, supongo que la actividad de esta tarde estará suspendida, ¿no?

«Ni una tila puedo tomar tranquila» La directora reconectó ipso facto con sus obligaciones, descubriendo a qué se refería el ejecutivo.

—¿Te refieres a los cumpleaños de los altos cargos? —la mujer se llevó la taza a la cara y dejó que el vapor y el aroma le acariciaran los sentidos—. De ninguna manera, primero se congela el infierno que cancelar nuestros pinchos y el karaoke del último viernes de cada mes.

Lo que no agregó fue que eso también ayudaría a ventilar rápido los chismorreos, como cuando se adelanta un vídeo de You Tube para llegar pronto al final.

O de Porn Hub...

* * *

Aunque las mini tartaletas de langosta, croquetas de buey de Kobe y bolas de carne de codorniz estaban deliciosas, más de uno echaba en falta dados de tortilla o aros de calamares. El problema era que esa clase de pinchos no entraban en la cabeza del chef del mejor catering de Madrid, el servicio encargado de llevar las viandas a un pequeño y exclusivo karaoke reservado por entero una noche al mes por la Corporación.

La idea del presidente de celebrar los cumpleaños en un karaoke había tardado en arraigar. Pero con el tiempo todos reconocieron que era útil para limar asperezas entre los altos jefes y, a la postre, mejorar los dividendos.

Helena estaba satisfecha. Los vinos, los cubatas y los whiskis de dieciocho años más la informalidad del lugar habían ahorrado horas de cuchicheos en las oficinas. La musicoterapia había ayudado a pasar el mal trago, en particular porque todos escogieron canciones con letras eróticas. Hasta el hermético presidente, con el que nadie había tocado el tema excepto Helena y el jefe de Seguridad, entró al trapo al seleccionar la canción de Sam Smith y Kim Petras *Unholy*, con una de las letras más guarras jamás escritas.

Al pie del escenario Helena recibió un codazo de Daniela, jefa de Servicios Generales y su mejor amiga en la empresa, otra cuarentona como ella e igual de atractiva, pero morena.

—¡Bravo por el presi! Quién lo diría... No habla mucho, pero sabe expresarse de otras maneras.

—Hablando de expresarse, no entiendo una cosa...

Helena se encaminó hacia la barra, seguida por Daniela. Una vez se sentaron en sendos bancos altos y sus tragos fueron renovados por el barman, la directora de Recursos Humanos desveló su inquietud:

—¿Por qué Cristina hizo eso? ¿Qué mosca le picó?

—Lo que nos pasa a todas al juntar un cuatro con otro número. A unas les da a los cuarenta justos, a otras a los cuarenta y siete como a ella, pero a todas nos atrapa tarde o temprano.

—A mí no me ha dado y tengo cuarenta y dos —Helena dio un rápido sorbo a su rebujito.

—¡Psss! —Daniela puso los ojos en blanco—. No me vengas con milongas, tía. Eres como una olla a presión con la válvula dañada. Vas por ahí toda tiesa, como si tuvieras un palo metido por el culo, aterrorizando al personal con tus ojos en punta.

—Y tú no, eres la súper equilibrada.

—Pues sí, desde que descubrimos este karaoke, se me quitaron todas las penas —Daniela guiñó un ojo.

Las dos mujeres rieron y miraron hacia la puerta.

—¿A qué hora tiene el descanso?

—En un par de minutos. Voy a prepararme, me quitaré las bragas y el sostén. Hoy no quiero preliminares, quiero que Zelalem me la meta y me machaque. Desde anoche no sé cuantas pajas me he hecho viendo a Cristina con ese niñato. Si quieres espérame aquí, me envió un wasap diciéndome que hoy no tiene mucho tiempo.

—O sea que hoy no tendrás orgasmo eterno...

Las dos amigas volvieron a reír. En cada visita mensual al karaoke bromeaban con el significado del nombre Zelalem, que en su idioma significaba *eterno*.

Después del chiste Daniela fue al baño. Un minuto después salió y atravesó, sin hacerse notar, una puerta que decía *solo empleados*.

Helena declinó la invitación de su jefe para cantar. Ni siquiera el presidente se sintió con ánimos de insistir ya que todos sabían que lo ocurrido la había afectado más que a cualquiera en la Corporación. Su lugar al micrófono fue ocupado por el jefe de Seguridad quien, siguiendo la tónica reinante, escogió *The Lemon Song*, de Led Zeppelin:

*“Squeeze me baby, till the juice runs down my leg,
The way you squeeze my lemon,
I'm gonna fall right out of bed, yeah”.*

Para desgracia de los presentes el coronel cantaba a modo cuartelero. Mientras tanto Helena aprovechó el primer momento de soledad de esa interminable jornada para reflexionar, tomando como punto de partida las palabras de Daniela «eres como una olla a presión con la válvula dañada». Era verdad, siempre estaba al borde del mar humor, cualquier cosa la enfadaba. Pero ese vídeo le había ennegrecido el ánimo, con un enfado continuo fruto más de lo que había visto que del hecho de perder a una colega y amiga de la oficina. Su malhumor tampoco provenía por el daño que el coito gerencial había producido en su larga lucha por el empoderamiento femenino y el trato igualitario en el mundo empresarial. Menos aún por el trastorno en el quehacer de la Corporación o por el posible perjuicio a la imagen de la empresa. Su cabreo venía de algo más profundo, íntimo y que ella consideraba irrealizable... ¡Follar con un joven!

O, siendo sincera, con muchos. Mientras más, mejor.

Ella fantaseaba con eso mientras Cristina lo hacía ante sus narices, quizá desde hacía mucho tiempo.

Helena necesitó beber. Al coger la copa su alianza chocó con el cristal.

—Sí, no necesito que me lo recuerdes —le dijo al anillo.

—Ahora hablas sola —Daniela tomó asiento a su lado al tiempo que se ajustaba la blusa—. Ya te lo dije, tía, necesitas que te den un buen repaso o terminarás protagonizando *La ejecutiva*

se desmelen, la esperada segunda parte de *Folleteos en la Corporación*.

—¿Y quién me lo dará, si puede saberse? ¿Acaso éste, que desde hace tiempo está súper apático? —Helena señaló su anillo de bodas.

—Ya sé que no es la alegría de la huerta, pero al menos tienes hombre en casa, no como yo, que tengo que saltar de portero en portero —Daniela lanzó un beso hacia la puerta del karaoke, pillado al vuelo por uno de los africanos más atractivos y musculosos de todo Madrid.

La directora quiso responder, pero se contuvo.

Relajada por el monstruoso orgasmo que había apenas experimentado, Daniela captó el debate interno de su amiga y con tacto preguntó:

—¿Qué pasa, Helena? Vamos, cuéntamelo, así te sentirás mejor.

—Mmm... Llevo cabreada todo el día, pero no por lo de Cristina —Helena señaló las copas al barman que, un minuto después, las cambió por otras llenas—. Bueno, en parte sí, pero por nada laboral. Lo que me molesta es que se follara a un joven.

Daniela miró a su amiga con semblante escrutador. Un rato después sus ojos se iluminaron.

—¡Ya lo pillo!

Avergonzada, Helena se giró hacia el escenario, sin ganas de que su amiga viera cómo se ruborizaba.

En el exuberante escenario del fondo, micrófono en mano, estaba la jefa de la delegación de Singapur, de visita en España. La expatriada escogió *Telepatía*, de Kali Uchis, que hablaba de hacer el amor a distancia, muy apropiado en su caso visto que su pareja, una jueza penal, vivía en Madrid.

—¡Eh! No hay nada de malo en follar con un joven —respondió Daniela—. Cristina se equivocó en dejarse llevar por el calentón donde no debía, pero de ahí a que sea malo, no, ni de coña. Ni siquiera está mal que una fantasía como esa te venga a la mente. Llevas mucho tiempo casada y estás más aburrida que un oso en un zoológico. Deberías comentárselo a tu marido, capaz que se excita y todo.

—¡¿Qué me dices?!

Helena bufó y miró su copa. Un rato después decidió sincerarse.

—Llevas razón. La monotonía nos está matando. Antes hacíamos el amor a todas horas y ahora en cambio pareciera que compartimos piso. El asunto empeoró desde que en una discusión por nuestras atareadas rutinas le dije que si quería pajearse viendo porno, lo hiciera. Ahora ya casi ni follamos.

—Ainsss —la amiga apuró su copa—. Ahora me cuadra que lances rayos láser con los ojos día sí y otro también. Tienes una polla en casa que no usas y te haces pajas mentales con un chaval.

—Mentales no son. Y cuando me las hago no pienso que estoy con uno solo tampoco —Helena suspiró—. Yo no estoy para cursilerías como la de rogarle a mi marido que me folle, faltaría más.

—Helena Romero, jefa de Recursos Humanos, alias la ejecutiva cachonda que quiere coleccionar pollas ajenas y montarles cuernos al marido.

—Mira quién habla, la que acaba de cepillarse al negro más succulento de Madrid.

Daniela tembló cuando su amiga le recordó lo que acababa de hacer. Probablemente se quedara hasta el siguiente descanso ya que para ese momento su macizo portero ya se habría recuperado. Al pensar en Zelalem otro recuerdo surgió en su mente... Al conectarlo con las fantasías de su amiga el pensamiento se transformó en una de sus célebres y alocadas ideas:

—Mira Helena, las cosas no pasan por casualidad. Aquí hay mucha energía circulando, ya

sabes que creo en esas cosas. Primero a Cristina le entra comezón en el coño y le dice al pasante que se saque la polla y se lo rasque. Luego vienes tú y te explota la crisis de los cuarenta también con picazón en el coño y con ganas de que te lo rasquen no una, sino varias pollas jóvenes y por último... —la mujer se sacó de dentro del pecho dos entradas coloridas y brillantes—, mi segurata va y, después de follarme, me regala esto.

—¿Qué son?

—Dos entradas para la inauguración de un local *swinger*, hoy mismo. Se las regalaron porque los ayudó a contratar a un portero de mucha confianza.

—¿Para ir tú y yo? ¿Estás chalada?

—No tía, yo hoy tengo con quien follar. Es para que vayas tú con tu marido.

—¿Me estás diciendo que regrese a casa, le diga a Rafael que se vista y que vayamos a un local de intercambio de parejas para follar con desconocidos?

—No —Daniela puso las entradas en la mano de su amiga—. Lo que estoy diciendo es que le digas a Rafael que se vista y te acompañe a ver si viéndote follar con chavales desconocidos aprende un par de cosas de las que te gustaría que te hiciera.

* * *

La M-40 seguía atiborrada de coches a esa hora, pero el todoterreno último modelo de Helena circulaba a buen ritmo rumbo a casa. Haber sido la primera en irse del karaoke no le extrañó a nadie ya que había estado muy tensa durante toda la jornada. La musicoterapia había funcionado con todos, menos con ella. Al rebasar un camión de colchones Flex supo lo que quería: un polvo, una de esas «folladas terapéuticas» como las habían bautizado su marido y ella los primeros días de su matrimonio. En ese entonces sus ajetreadas vidas como ejecutivos de bajo rango los estresaban tanto que esos polvos rápidos pero divertidos hacían las veces de válvula de escape, cuando no disponían del tiempo para disfrutarse el uno al otro con lentitud, lamiéndose y besándose como si no existiera nadie más en el mundo.

Como ella necesitaba uno con desesperación, se dijo que resucitaría la vieja práctica terapéutica. Tampoco era que no follara con su marido, solo que lo hacían con poca frecuencia y sin mayor emoción. Pero esa noche lo que quería era relajar sus nervios y nada mejor que un orgasmo para aflojarse... Además, siempre existía la posibilidad de que Rafael tuviera una buena noche, es más, si le contaba lo que había hecho Cristina tal vez se pusiera juguetón y quisiera imitar la sesión porno que vio en la oficina.

Imaginar esa conversación le recordó la que había sostenido con Daniela pocos minutos antes. Su mente, influenciada por su necesidad de sexo, puso a una imaginaria Daniela sentada en el asiento del copiloto que le decía: «ya que vas a contarle guarradas a tu marido, ¿por qué no le cuentas las tuyas? Dile que quieres tener sexo con jóvenes, seguro que se le pone dura en lo que le enseñes las entradas al local de intercambio».

Un flash mental en el que ella estaba de pie en el centro de una exquisita cabaña de playa en Bali, siendo abrazada y acariciada por un alto y musculoso pasante como el del vídeo, le endureció los pezones y le contrajo tanto su vagina que al juntar sus piernas, sintió que se humedecía. El ahogo fruto del acaloramiento de su fantasía más recurrente le hizo bajar la ventanilla. La ráfaga de aire saturado de caliente nocturnidad urbana la trajo a la realidad.

—¿Confesarle mis secretos a mi marido? ¿Pedirle ir a un local liberal? ¿Y si nos reconocen? ¿Y si Rafael se lo toma a mal? —dijo Helena como si conversara con el asiento vacío del copiloto—. No, no lo haría ni loca.

Aunque había descartado la idea de ir al pub *swinger* que inaugurarían esa noche, las ganas

de su rápido terapéutico seguían intactas cuando Helena aparcó en el garaje subterráneo de su chalet. Se quitó los zapatos y subió los escalones de dos en dos hasta llegar a su habitación en la segunda planta, agradeciendo a sus clases de Zumba el estar en tan buena forma.

Al pasar junto al saloncillo donde Rafael solía usar su portátil, entendió que esa noche no tendría ni rapidito ni terapéutico. Su marido, rutinario empedernido, había dejado señas claras de que se había hecho una paja viendo porno. Cuando trabajaba de noche dejaba las cosas en desorden, pero cuando se la meneaba dejaba todo limpio y recogido, como si quisiera disimular.

Lo que sí no hacía nunca era vaciar la papelera, siempre con pañuelos de papel húmedo y oloroso a semen fresco.

Su tristeza dejó paso franco a un gran cabreo al verlo acostado y dormido en su lado de la cama. Montarle una bronca no serviría de nada, ni siquiera entendería el motivo, sobre todo porque habían acordado masturbarse cuando las rutinas les impidieran follar, todo muy maduro y corporativo, se dijo Helena maldiciendo su propio pragmatismo.

Con las mandíbulas apretadas se acercó a su mesilla de noche, abrió el cajón inferior y después de apartar varios consoladores y pilas de recambio dio con lo que buscaba: el confiable Satisfier a prueba de agua.

Al cerrar la puerta del baño de paredes de mármol blanco con vetas grises puso a correr el agua caliente, cuyo vapor comenzó a flotar y dispersarse. Con la mirada fija en ella misma se desnudó ante el gran espejo. Su figura esbelta y con curvas le daba un aspecto exuberante. Aunque de adolescente escondía sus pechos generosos, de adulta había aprendido que su cuerpo era maravilloso tal y como era. Se lo habían dicho muchas veces. Ella lo sabía también, y sabía que con solo desnudarse volvía loco a su marido, o al menos solía hacerlo antes de que la maldita rutina se apoderara de sus vidas. Observó su Monte de Venus y sonrió al recordar la cara de su depiladora de láser cuando quiso dejarse una rayita en vez de dejarlo todo liso. «Ni peludo ni pelado» —le había dicho—, «una rayita de pelo bien puesto, siempre te deja el chochito bonito y dispuesto».

—¿Dispuesto para quién? —preguntó su reflejo.

Con lágrimas en los ojos Helena cogió el Satisfier y se metió bajo la cortina de agua que el enorme redondel salpicado de pequeñísimos agujeros dejaba caer en vertical, en el cubículo de cristal y mármol. Una vez la suave capucha de silicona abrazó el clítoris, Helena encendió tanto el Satisfier como su imaginación. El aparato hizo lo de siempre: succionar. Su mente, en cambio, no le presentó su acostumbrada fantasía sino que proyectó otra, confusa, llena de imágenes sueltas que iban y venían. A veces veía a Cristina con el pasante, doblada hacia delante, con las tetas colgando y bailando al son del golpeteo del joven del vídeo. En otras era ella, en la misma posición pero penetrada por el portero del karaoke con, detrás de él, una interminable fila de pasantes con camisa, corbata y traje por encima y desnudos por debajo, con una mano sobre sus rígidas pollas y con una entrada al local *swinger* en la otra. Tuvo un orgasmo tenue, que la dejó más frustrada debido a su estado de confusión.

Envuelta en un suave albornoz miró la cama sin ganas de entrar en ella ya que lo único que haría sería dar vueltas rumiando lo visto y oído ese día. Y leído, en particular la dirección escrita en las entradas: www.fyg.com. Las iniciales le hicieron especular sobre su significado. «Tal vez sea Follar y Gozar» se dijo. Un momento después, mientras abría la tapa del portátil de su marido para echar un vistazo a la página web del local liberal, su lado empresarial dictaminó que *Follar y Gozar punto com* sería un buen gancho de marketing.

Al activar el navegador, un rapto de curiosidad la hizo cambiar la dirección del cursor. En vez de situarlo sobre el buscador, lo llevó hasta la pestaña del historial. Solo un clic bastó para

restaurar la última sesión.

Las muchas pestañas que surgieron la dejaron atónita porque siempre imaginó que lo que él veía era folleto puro y duro o mujeres haciendo estriptís. Pero no, los títulos de los vídeos eran todo un manifiesto sobre los gustos de su marido o cuanto menos de sus fantasías: *Seducción en la mazmorra*; *Madura atada y follada*; *Esposa se exhibe en un híper*; *La casada liga en la barra del bar*; *Orgía en el club Privé* y otros por el estilo. Helena pinchó pestaña tras pestaña hasta detenerse en uno llamado *Esposa zorra regresa a casa después de orgía*. Parecía haber sido visto entero. No era de extrañar porque era corto y cien por cien casero. Al reactivarlo vio como una treintañera llegaba a casa, despeinada y con su minúsculo vestido rojo desarreglado. Una voz de detrás de la cámara le preguntó que cómo le había ido y la chica, exhausta, respondió que de maravilla, que el local de intercambios estaba lleno hasta la bandera y que había follado como si no hubiera un mañana. «¿Y con cuantos lo hiciste?» preguntó la voz. Helena no dio crédito a la respuesta. O, más bien, a la falta de ella porque no lo tenía claro. ¿Cómo no se podía tener claro con quién se follaba? Ante la duda el marido la ayudó preguntando: «¿a cuántos hiciste correrse?» Con el rostro iluminado la esposa respondió «¡A cuatro!» y de inmediato se quitó el vestido y en bragas y sostén de encaje negro se señaló las tetas luego las nalgas y por último el coño al tiempo que decía con sonrisa pícaro: «uno, uno y dos». «No te habrás lavado, ¿no?», preguntó el cámara. La chica se quitó el sostén, las bragas y respondió «claro que no, cariño, te la traje toda».

Acto seguido el vídeo finalizó. Helena se quedó de piedra. Ante sus ojos volvió a aparecer Cristina, encerrada tras el cristal de una tablet, recibiendo un chorro de semen en la boca, espesa crema que ella misma dejó caer sobre sus tetas para luego masajearse, vestirse y regresar al trabajo. En ese momento recordó que poco después de su folleto en la sala de prensa Cristina y la jefa de la delegación de Singapur se habían presentado en su oficina para definir el presupuesto para la ampliación de la plantilla en esa zona... ¡Con Cristina pringada de leche bajo la blusa!

Helena no podía determinar si estaba escandalizada o excitada de pensar en la sensación que sentiría ella si tuviera el semen de un hombre en su cuerpo mientras tenía una reunión de negocios. Sintió que una ráfaga de deseo la sacudía. Era demasiado para ella. O follaba o se lanzaba por la ventana, así que cerró la tapa del ordenador y entró como una tromba en la habitación.

* * *

Coger a alguien dormido por un hombro, sacudirlo y espetarle «¡quiero follar!» no había contribuido en nada a crear ambiente erótico, reconoció Helena.

—Vale, discúlpame. Es que tuve un día de locos —dijo Helena sentada junto a su acostado y refunfuñante marido.

—No te preocupes, ¿quieres que baje y te haga una infusión?

—Ya te lo dije, lo que quiero es un polvo, aunque sea un rapidito... ¿Recuerdas nuestros terapéuticos? Inventamos el nombre cuando preparábamos juntos los exámenes en la uni —dijo ella, conciliadora.

—Es que también tuve un día fatal y me duele mucho la cabeza.

La mentira fastidió a Helena «te dolerá la cabeza de abajo. Para ver tantos vídeos habrás estado una hora meneándotela, joder». Aún así se contuvo y optó por acariciarle el muslo, con intención de llegar hasta su entrepierna.

—Estoy lista para que me la metas, me masturbé en la ducha, vamos...

—¡Uf! Lo de los terapéuticos era de cuando éramos chavales.

La reticencia a tener sexo con ella y la referencia a una juventud que tampoco estaba tan lejana ensombrecieron el entendimiento de la mujer que, sin decir palabra, salió y regresó con el portátil y su rosario de pestañas con vídeos porno.

—¿Dolor de cabeza? ¡Pero si te acabas de hacer quién sabe cuántas pajas!

—Ehhh... ¡No! No... Eso es viejo, de otro día.

La incómoda vergüenza de sentirse descubierto le hizo disculparse. Hasta que recordó que la idea había sido de ella.

—Bueno, sí —rectificó—. No sabía que tenías ganas. Haberme avisado.

—Lo que me faltaba hoy, fijar un Google Meet para echar un kiki, ¡no te jode!

Helena lanzó el portátil a la cama y caminó de un lado al otro de la habitación.

—Oye, yo quiero follar, ¡quiero follar ya!

Rafael sabía cuándo pausar una discusión. De inmediato salió de debajo de las sábanas, se quitó el pijama y comenzó a masturbarse con la esperanza de obrar el milagro de la resurrección.

Helena se detuvo al pie de la cama presa de la decepción de ver el patético intento de su marido por satisfacerla y turbada por la confusa concatenación de acontecimientos de ese día: una buena amiga a la que el sexo -o tal vez su ausencia- la había vuelto majara; un jefe de seguridad abusón poniéndola a prueba; Daniela retozando con un guerrero de ébano; unos vídeos porno con esposas empoderadas; las fantasías de Rafael no muy lejanas a las suyas; mil problemas para echar un simple polvete y... ¡Entradas para un local *swinger*!

Un sentimiento de ahogo le oprimió el pecho. Sabía que si no hacía algo rompedor y liberador, pronto se le iría la olla, como a Cristina. Pensar en una amiga de la oficina le recordó a otra, a Daniela y sus palabras en el karaoke: «deberías comentárselo a tu marido, capaz que se excita y todo». Aunque Daniela se refería a su fantasía de follar con jóvenes, cosa que no le confesaría a Rafael, lo de involucrarlo de alguna manera no era mala idea sobre todo cuando la casualidad había jugado a su favor mostrando vídeos de locales de intercambios de parejas en su portátil.

Visto que el tema era delicado, Helena asumió el mismo tono mediador que usaba en la Corporación cuando asistía al presidente en la fase final de negociaciones importantes.

—No te tortures, no pasa nada. Tenías razón, debí avisarte y más teniendo una sorpresa en mi bolso.

Rafael le dio tregua a su mórbido miembro con la curiosidad reflejada en el rostro. Un momento después miraba las entradas que Helena le había puesto en sus manos.

—Son invitaciones para la inauguración de un local de intercambio de parejas de lo más chic.

La pausa que siguió fue eterna.

Cuando Rafael procesó una sorpresa que coincidía con una de sus muchas fantasías, la sangre que se había negado a ir a su pene inundó su rostro, ruborizándolo.

Luego el rubor dio paso a la negación.

—Pero... ¿Cómo las conseguiste? ¿Ir así de improvisado? No, no...

Helena se sintió frustrada. Daniela le había injertado unas expectativas de lo más irreales. No obstante su yo corporativo dio un paso al frente, el mismo que rara vez fracasaba en una negociación.

—Hoy ha sido un día difícil y de locos. Entre las muchas cosas que pasaron, a Daniela le regalaron estas entradas. Y ella me las dio diciéndome que fuera contigo.

Helena tomó uno de los brillantes rectángulos de cartón y simuló leerlo mientras calculaba

cómo seguir distorsionando la información a su favor.

—Sé que no lo hemos hablado, pero en las revistas de la peluquería dicen que esos sitios reavivan la vida sexual de las parejas —la mujer se aclaró la garganta en un intento para evitar agregar que la de ellos estaba casi muerta—. Mira tú qué casualidad, yo leo sobre eso y tú lo ves en Internet.

Argumentar coincidencias siempre bajaba las defensas de la parte contraria en una negociación.

El rostro de Rafael recobró su tono natural. Al mismo tiempo se sentó al borde de la cama. Helena lo interpretó como una señal inconsciente de que quería ponerse en movimiento.

—¿Sabes qué más dicen en esas revistas?

—¿Qué? —preguntó él más tranquilo.

—Que lo que pasa en esos sitios, se queda en esos sitios. Dicho de otra manera, que si tú y yo follamos con otro hombre y otra mujer ahí —Helena señaló las invitaciones—, al regresar a casa es como si no hubiera sucedido, con la diferencia de que las parejas se vuelven más cómplices y su sexo mejora.

Rafael clavó la vista en las entradas. Helena supo que solo hacía falta un ligero toque para inclinar la balanza.

—¿Recuerdas aquel resort con todo incluido en el que tú bromeaste sobre que si de verdad estuviera todo incluido también tendrían barra libre de hombres y mujeres?

Una sonrisa indicó que sí lo recordaba.

—¿Y que luego jugamos a que tú pedías una chica a la recepción y aparecí yo con una peluca que compramos en Bali?

—Jo. ¿Cómo no lo voy a recordar? Esa noche no salimos de la habitación.

«Este trato ya está cerrado» pensó Helena de camino a su vestidor.

—Pues démonos otra noche de vacaciones como esa, pero con todo incluido de verdad.

* * *

Rafael bajó del todoterreno de Helena, aparcado en el sótano de uno de los primeros centros comerciales del extrarradio madrileño, que se salvó de la bancarrota cuando los dueños lo reconvirtieron en nido de discotecas y pubs.

—Discreto parece ser, de paso está aquí mismo, abajo. Solo hay que recorrer ese pasillo y girar al fondo —dijo consultando su móvil mientras ella accionaba el cierre del coche en el mando.

Durante el viaje no hubo discusiones. Ella contó cómo había obtenido las entradas y él leyó en voz alta las recomendaciones y reglas de comportamiento publicadas en *FyG punto com*. La conversación superficial, esa que con cada vez mayor frecuencia adoptaban entre ellos, arrastró lejos la necesidad de debatir una aventura tan delicada y crucial como la que estaban a punto de emprender.

Pero las procesiones iban por dentro ya que, bajo su cara de póker, la resolución de Helena mermaba con cada paso que la acercaba al *FyG*. A un cierto punto se detuvo para mirarse en el reflejo del inmaculado cristal de un local disponible para alquilar. La fuerza de la costumbre le había hecho recogerse el pelo como siempre, con la salvedad de que en esta oportunidad había sacado varios mechones, para dejarlos caer en tirabuzón sobre sus mejillas y espalda. Esos mechones tocaban el cuero de una ajustada chaquetilla negra de mangas largas y talle corto por debajo de la cual una camisa blanca abotonada escondía su mejor sostén de encaje negro.

La camisa entraba bajo una ceñida falda negra a medio muslo que nunca había llevado a la

oficina por su tendencia a subírsele. Sus piernas sin medias estaban rematadas por unas sencillas y carísimas sandalias con tacón de aguja, que mantenían el pie en su sitio con tres delgadísimas tiras. El complemento final de su atuendo estaba oculto bajo la falda, un tanga negro de encaje a juego con el sostén. El único toque de color lo daba el cinturón de diseño, a juego con su pequeño bolso, ambos con una fina franja de un rojo intenso, similar al carmín de sus labios, el único punto fuerte de su sobrio maquillaje, similar al de todos los días. Rafael también parecía vestido para una reunión de negocios, con traje gris oscuro, camisa blanca, corbata negra y zapatos de cuero negro tan finos y caros como los de Helena.

Una ojeada de Rafael a su reloj indicó que el acicalamiento de sus rubios mechones y el alisado innecesario de su falda no podían alargarse más. Fingiendo un aplomo que no tenía, Helena continuó camino, despacio, en un pasillo que parecía alargarse como en las pesadillas. «¿Y si nos reconocen?» «¿Y si alguien cuelga una foto mía en las redes sociales?».

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, Rafael dijo:

—Mientras me vestía revisé la página del local y dicen que hay que mantener los móviles en las taquillas, junto a los bolsos de las señoras. Parece que son muy estrictos al respecto.

—Buena medida, más de una vez los hemos tenido que dejar al entrar en reuniones transcendentales —Helena no agregó que eso no resolvía el problema de ser reconocida por un empleado o sentarse junto al director de Recursos Humanos de alguna empresa del gremio.

El temor que sintió dejó paso al pánico cuando giraron en la esquina del fondo del pasillo. Un par de banderines con figuras femeninas sexys señalaban la entrada del FyG. A partir de ese punto y siguiendo el segundo pasillo, decenas de personas esperaban en fila. Lo peor era que para colocarse los últimos, debían caminar delante de ellos, *swingers* que los mirarían de arriba abajo para clasificarlos según su grado de follabilidad.

Pero eso no lo sabía Helena. Solo sintió terror de caminar por ese pasadizo tan iluminado.

Inmóvil como si sus tacones hubieran agujereado el granito del pavimento, la ejecutiva tragó grueso. Un rápido vistazo a la lejana fila le mostró que, entre el variopinto grupo de personas, había unos cuantos jóvenes muy prometedores, juicio para el que su experiencia como reclutadora le fue de gran ayuda.

«Si le cuentas lo de Cristina a tu marido tal vez se ponga juguetón». La voz de Daniela en su mente le dio un asidero para lo que sentía ganas de hacer: irse y follar en la seguridad de su hogar, lejos de miradas y peligros innecesarios. Puede que el paseo nocturno y el coqueteo con lo prohibido le inyectaran algo de vidilla a su aburrida vida sexual. Más adelante se reirían, tachando esa noche como una loca ocurrencia.

—¿Trajiste las entradas? —preguntó ella aún inmóvil en la esquina.

—¿Qué?

—Qué si trajiste las entradas.

La cara de desconcierto de Rafael tenía escrito «¡pero si fue a ti a quien se las regalaron!».

—Estarán en el coche, vamos a buscarlas —Helena se dio media vuelta, segura de que no las encontrarían porque sabía que las tenía a buen resguardo en el pequeño bolso que colgaba de su hombro.

Al darse la vuelta para girar en la esquina, Helena se dio de bruces con alguien enorme, a quien reconoció de inmediato: el negro y musculoso portero del karaoke, vestido como todo un dandi.

—¡Hola! ¿Os vais ya?

—Hay mucha gente —balbuceó Helena.

—Eso no es problema —dijo el portero ofreciéndole el brazo a la dama—. Soy amigo de la

dueña. Venid conmigo, entraréis como mis invitados sin esperas ni tardanzas.

* * *

Para Helena las conexiones del portero con el FyG iban más allá de una simple amistad vista la velocidad con la que cumplieron los trámites para entrar, que incluían la entrega de las invitaciones, que Helena sacó de su bolso diciendo que se había confundido. Rápida también fue la programación y colocación de las pulseras de goma con microchip que hacía las veces de sistema de identificación, de pago de servicios adicionales y de llave de la taquilla personal en cuyo interior les esperaba un kit de inauguración muy generoso con toallas, condones, un completo set de *amenities* como en los hoteles y, por ser invitados personales de Zelalem, sendos juegos de pantuflas y albornoces para llevarse a casa como regalo de apertura.

Una vez registrados en la recepción, el portero guió a Helena y Rafael hasta una enorme puerta giratoria de cristales oscurecidos. Media vuelta bastó para entrar en lo que su anfitrión llamó como el Gran Atrio, un inmenso ambiente en el que había una barra de bar infinita, una amplia área llena de divanes con mesillas a los lados coronadas de coquetas lámparas; una pista de baile con pavimento de paneles led como el de Eurovisión y, presidiéndolo todo, un gran escenario con la pared led, igual al pavimento.

—Joder —dijo Rafael mirando en todas direcciones. Se parece al escenario del trasatlántico en el que hicimos el crucero por el Caribe, ¿recuerdas, Helena?

En ese crucero se habían sentido más compenetrados que nunca, parecía como que el calor y la exuberante vegetación aunada a lo exótico de la comida y la música los hubiera hecho estar en el paraíso. El sexo había sido extraordinario y casi constante. Parecía haber ocurrido en otra vida.

Helena no respondió al comentario. Miró en cambio al portero que aún la sostenía del brazo y le susurró para desviar el tema:

—Lo de que solo eres amigo de la dueña, Zelalem, me parece escaso...

La franca y blanquísima sonrisa del portero de noche y dandi de madrugada precedió su picante respuesta:

—Daniela sabe que no soy solo suyo, que también soy *solo amigo* de muchas otras.

—¡Zelalem, *caro mío*!

El saludo provino de una madura aunque muy atractiva mujer, enfundada en un finísimo peplo blanco, versión moderna y ultra sexy de una túnica femenina de la antigua Grecia, cuyo semitransparente corpiño presentaba el encaje más fino que Helena hubiera visto. Por debajo de él, nacidas del amplio talle que cubría sus caderas, surgían franjas de exquisito tul blanco que caían verticales y etéreas, a modo de falda y que se adaptaban a cualquier movimiento que la dueña del local quisiera hacer o a cualquier postura que quisiera adoptar.

Para Helena y Rafael estaba claro que la mujer solo llevaba puesto eso, sin nada debajo.

Después de intercambiar besos con Zelalem la mujer, rubia y con un fortísimo acento italiano, se presentó:

—Hola, soy Cassandra. Bienvenidos al FyG, mi más reciente criatura.

—¿Tienes más de un local de estos?

Rafael formuló la pregunta escudriñando entre los encajes del corpiño, aunque la escasa iluminación no le dejó ver lo que quería.

—Unos cuantos —respondió enigmática—. *Quà e là*.

—Este es el más espectacular, pero yo me quedo con el primero, el de Taormina —observó Zelalem.

—*Mio caro* —Cassandra se puso en puntillas y posó su delicada y blanquísima mano sobre la mejilla del hombretón—. Fue allí dónde nos conocimos. Eras casi un *bambino*.

El movimiento de la anfitriona dejó expuesta una larga y bronceada pierna, devorada al instante por la mirada de Rafael, que no pasó desapercibida por Helena, mosqueada ya desde lo del corpiño.

Bien *ragazzi*, a los primerizos les damos un tour guiado especial con una de nuestras azafatas. Os enviaré una. Aquí prima el respeto, la palabra más importante aquí dentro es *no*. Si alguien la pronuncia, no se continúa, bajo ningún concepto.

—¡Psst! Esto es el colmo, no me dé instrucciones para follar, señora —dijo Helena, cortante.

Cassandra miró a Zelalem. Los años de amistad les permitieron comunicarse sin gestos ni palabras: «tranquila, respondo por ella», fue el mensaje que la italiana captó de su grande y viejo amigo.

* * *

El tour por el *FyG* se le hizo interminable a Helena. La chica, joven y servicial, les mostró lugares que para un emocionado Rafael le eran familiares por los vídeos, pero que a Helena le parecieron oscuros y promiscuos. Lo que siempre le llamó la atención fueron los veinteañeros, que eran muy pocos para lo abarrotado que estaba el lugar. Pero lo peor no era eso, sino que siempre los vio o hablando, o besando o hasta follando.

«¿Cómo podré tener uno para mí?», se preguntó.

La primera vez que durante el tour vio gente desnuda fue en los vestuarios. Antes de eso la chica los había paseado por el bar principal, cuya barra parecía un largo y sinuoso tentáculo, con altos bancos a cada lado. Dentro de ella bármans muy guapos preparaban sofisticados cócteles. «Aquí está más iluminado para que las parejas o las personas sin acompañantes puedan verse y charlar un poco para ver si surge la química» dijo la azafata, con palabras fluidas por haberlas repetido tanto durante esa inauguración.

—Aquí se ponen los chicos solos, para que los pillen las parejas —le susurró Rafael, diciendo algo que no estaba en la web del local.

Helena quedó intrigada por el comentario. ¿Lo dijo para echarle un cable en su búsqueda de jóvenes o porque se veía a sí mismo ofreciéndose? Si en algo había sido cuidadosa era en no parecer desesperada por visitar el *FyG* y menos aún confesarle que, desde que follaban tan poco, había desarrollado un ansia creciente por hacerlo con jóvenes.

Del bar continuaron el recorrido zigzagueando a través del amplio salón de los divanes, flanqueados de mesillas bajas para apoyar bebidas, cada una con una lámpara con luz tenue. Casi todos estaban ocupados, con gente conversando a voz baja, todos juntos, muy juntos. Una cortina escondida tras un biombo los llevó de nuevo a los vestuarios, duchas y baños, «tan grandes como los del Bernabeu», según la chica. La segunda puerta de ingreso, la del fondo, comunicaba con el *megajacuzzi*, la manera sexy de nombrar lo que en esencia era una piscina como la de los centros termales. Helena y Rafael vieron, sorprendidos, que nadie usaba bañador ni tenía el pudor que la embargó al notar como un hombre con bronceado de resort, en la plenitud de sus magníficos treinta y tantos, la devoró con la mirada antes de llevarse la mano a una polla tan erecta, gruesa y cabezona que supuso que no le dejaría mucha sangre circulando por el resto del cuerpo.

El calor con el que Helena salió del jacuzzi no lo produjo el vapor ambiental. Decidió tomar una de sus acostumbradas notas mentales para, en caso de no encontrar chaval, regresar al jacuzzi y al desvergonzado y bronceado treintañero.

El resto del paseo la aburrió, porque no vio ni a un solo veinteañero. Por lo visto los fetiches le iban a gente más mayor porque abarrotaban el pasillo y cabinas de *glory hole*; el bosque de arneses, de cuyo techo colgaban una amplia variedad de columpios sexuales y las mazmorras, varias, todas temáticas, ambientadas en distintos y tétricos períodos de la historia como la antigua Roma; el Medievo; la Inquisición o la prisión de Alcatraz durante la Ley Seca. Helena no se quiso asomar a ninguna pero a Rafael hubo que retirarlo del quicio de cada puerta tirándole del brazo.

—Con esto nos llega —dijo Helena después del recorrido de las mazmorras—. Se nos va a pasar la noche si recorremos todo esto. ¿Nos llevas de vuelta a la barra?

—Vale —dijo la cicerona, aliviada ya que aún quedaba FyG por mostrar.

Tres minutos y muchos pasillos y recovecos después, la pareja se sentó en un par de bancos de la barra, donde la pulsera con chip les hizo acreedores de la consumición gratuita que incluía la invitación.

—Esta inauguración les está costando un pastizal —dijo Rafael pidiendo un whisky con hielo para él y un rebujito para ella.

—¿Y quién conducirá de regreso? —dijo Helena, notando que no se habían puesto de acuerdo como siempre para saber quién debía beber menos.

—Si acaso pedimos un taxi. El coche está bien aparcado —contestó Rafael, que miraba todo y a todos con chiribitas en los ojos.

«¡Que te den!» Helena tomó su bebida y dio un gran sorbo. Estaba molesta por su ambigua actitud. Era como si Rafael solo quisiera ser espectador en vez de actor de esa película porno convertida en realidad. Si estaban allí, en el FyG, era por su falta de ardor como amante. Ella no, se sentía como la víctima de unas circunstancias que la habían conducido allí con el propósito de follar y, ya que estaba, de hacerlo con jóvenes. Había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—Oye, ¿no habíamos quedado en que esta noche serían unas vacaciones con todo incluido?

—Sí —él acompañó la respuesta asintiendo también con la cabeza.

—Bueno, en mi todo incluido, también está ir por mi cuenta. Vacaciones son vacaciones. Recuerda que lo que pasa aquí se queda aquí.

Por más que lo intentó, el tono con el que Helena habló no fue todo lo conciliador que debió ser. Pero a Rafael la falta de tacto de su mujer pareció no afectarle.

—Vale —respondió sin más.

Después de reprimir un bufido y con el rebujito en mano, Helena se separó un par de pasos de la barra y la exploró de lado a lado. Casi al final, en un sector con varios bancos vacíos, vio lo que buscaba: un joven, moreno, de ojos claros y buenos bíceps que se marcaban bajo la apretada camisa. Aunque no estaba lejos en línea recta, ocupaba un banco situado al otro lado de la barra en forma de península.

«Tengo que rodear toda esta maldita y enrevesada barra» pensó antes de ponerse en marcha. Con el rabillo del ojo y enorme fastidio, vio que Rafael la seguía.

«Aun me sigue... ¿Es que no se entera de que no estoy de humor? ¿Por qué no sigue figoneando en su propia peli porno?» pensó, con ganas de que la dejara tranquila pero sin ánimo de complicar una situación ya extraña de por sí.

Cuando estaba a punto de culminar la circunvalación de la barra Helena observó como una pareja abordó al chico. Reprimiendo un reclamo se sentó en el banco contiguo y simuló que se interesaba por Rafael, que ocupó el siguiente.

Media vuelta sobre el asiento giratorio le bastó para poder mirar de reojo el ligue, si ese era

el nombre que usaban en ese ambiente.

—Hola, llevamos rato viéndote desde uno de los divanes —dijo el hombre—. Esta es mi mujer, Marisa.

«Nombre inventado, seguro» especuló Helena. El chico se veía sereno pese a su juventud y no como ella, que se sentía tensa como una cuerda de guitarra.

—Hola Marisa —los dos besos que siguieron fueron dados mucho más cerca de la boca de lo que era socialmente aceptable.

«Estos van en serio» Helena acabó su rebujito.

—Pídeme otro —le señaló a Rafael la copa vacía.

—¿Te van los tríos? —continuó el marido de Marisa.

—Solo me lío con las chicas y solo si me gustan —respondió el chaval, con mucho aplomo.

Marido y mujer se miraron y sonrieron. Él abrazó a su mujer y la movió, hasta situarla delante del joven. Acto seguido metió una mano dentro del amplio escote del minivestido y sacó un seno, redondo y generoso, coronado por una amplia y clara aureola. Luego, con una media sonrisa, la giró enganchando con ambos índices el borde de la falda y la levantó, exponiendo un culo de campeonato.

—El resto te lo enseño en un reservado, si te apetece —dijo al tiempo que tapaba el seno y bajaba el borde de la falda hasta los muslos.

«¿Así como así?, ¿a saco?» se preguntó Helena. «Claro, con un marido así de enrollado, es fácil» agregó mirando a Rafael que, embobado, seguía con la mirada a la mujer, que atravesaba la zona de divanes escoltada por su marido y su inminente nuevo amante.

—¿Y mi trago? —preguntó Helena, cortante, frustrada por sentirse tan fuera de su zona de confort en la búsqueda de algo tan básico como buen sexo.

La pregunta sacó a Rafael del ensimismamiento. Con premura pidió el trago que pagó acercando su pulsera a un lector.

Un par de minutos después el lugar dejado por el chico fue ocupado por tres mujeres maduras, en sus cincuenta, ataviadas todas con sendos vestidos de tubo que abrazaban sus figuras, uno negro, el de una morena delgada pero muy curvilínea, otro azul eléctrico, el que llevaba una amiga con el pelo teñido del mismo color y tono, tan curvilínea como la morena pero, a los ojos de Helena, con muchos quilos de más. El tercero era rojo porque hacía juego con la cabellera pelirroja de la que lo llevaba y que compensaba su baja estatura con unos taconazos de plataforma y tanto culo y senos como sus amigas. Las telas, a cual más brillante, sin duda habían sido escogidas para que sus dueñas no pasaran desapercibidas. Aunque vistieran como vistieran nadie las ignoraría, porque las tres eran muy atractivas aún teniendo diez años más que Helena.

—Tres *cougars* —le susurró Rafael a Helena cuando le entregó la bebida.

—¿Tres qué?

—Veteranas cazadoras de hombres, sobre todo chiquillos. También llamadas asaltacunas.

«¿Eso a qué venía?» Helena volvió a repasar mentalmente qué había dicho y qué no. No, estaba segura de no haber dicho nada de sus planes ni fantasías. «¿Soy una *cougar*? ¿Cristina es una *cougar*?» Se preguntó a mayores, respondiéndose que si se volvía una, le daba igual. Esas tres se veían felices y desenvueltas, la misma cara que tenía Cristina en el vídeo y no como ella, todos los días cabreada o, en sus mejores días, simplemente estresada.

El bufido que dejó escapar al recordar su día a día llamó la atención de la *cougar* morena, la que estaba más cerca de ella.

—Hola. ¿Te sientes bien?

—Sí, estoy bien.

La morena se acercó a Helena y entre susurros, preguntó:

—¿Y entonces por qué el ceño fruncido, los hombros tensos y esa boca sin sonrisa? —la mujer la fijó con la mirada—. Aunque hay mucha gente en esta inauguración, no hay tanta carne en el asador. Casi todos los tíos están marcados, no es una noche fácil.

—Yo...

Helena se contuvo. ¿Qué podía decirle? Ni siquiera ella lo tenía claro. Este había sido uno de los días más extraños de su vida. La mañana parecía lejana, esa en la que el irrespetuoso exmilitar le mostró a una amiga de la Corporación follando como una campeona, con un rostro de felicidad que nunca le había visto y por el que decidió poner en jaque su carrera. Luego, en la tarde, su otra amiga, Daniela, folló también casi en sus narices y con una sonrisa de oreja a oreja le regaló las entradas al FyG. Y menos de dos horas antes estaba en su alcoba teniendo una surrealista discusión con su marido con un subtexto de oscuras fantasías de parte y parte.

Y ahora estaba allí, con una desconocida vestida de putón verbenero, que mostraba sincero interés por ella.

Un día de locos, literalmente. Y ya puestos, decidió seguirle la corriente a tan raros acontecimientos.

—Yo quería conquistar al chico que estaba aquí hace dos minutos. Pero me lo birlaron.

—Para empezar, aquí no se conquista. Solo se folla y...

La mujer fue interrumpida por sus otras dos amigas.

—El barman nos acaba de contar un secreto. Más allá del jacuzzi hay un cuarto sin rótulo. Le dicen la cámara nosequé, en italiano, o sea, cámara amarilla en castellano. Parece que es para lluvia dorada. ¡Vamos! Echemos un vistazo. Aquí no hay nadie libre.

—Joder tías, tan desesperadas no estamos, so guarras.

—¿Guarras nosotras? Mira quién habla —la de rojo dio un codazo a la de azul.

—Id vosotras, quiero hablar un rato con esta chica —dijo la morena.

La de rojo y la de azul dejaron el bar, rumbo a los vestidores y su recién descubierto secreto allende el jacuzzi.

—¿De qué hablábamos?

—Me corregiste, me dijiste que aquí no se conquistaba —dijo Helena seria.

—No te sientas mal, todas tuvimos nuestra primera vez.

Helena la miró sorprendida, no imaginó que se notara tanto.

—Eres un manojo de nervios. Aquí hay que soltarse, dejar que fluyan las cosas. Si salen, bien. Si no salen, no pasa nada —la morena señaló con la barbilla a Rafael, que miraba como hipnotizado a dos mujeres que se metían mano en uno de los divanes—. Ese es tu marido, lleváis la misma alianza.

—Sí.

—Primerizo como tú.

—Sí.

—El de la idea de venir aquí, supongo.

Helena titubeó.

—¿Fuiste tú? —la morena de vestido negro puso los ojos como platos—. Vaya, eso sí que es raro, generalmente son ellos los de la iniciativa.

—Esta mañana ni siquiera pensaba en esto. Ni esta mañana ni nunca —Helena tomó otro sorbo de su rebujito.

—Una larga historia que no me vas a contar.

—Larga, larga como este día.

—Oye, aunque no me lo has pedido, te voy a dar un consejo. Aprovecha la noche para aflojar esos hombros y ese ceño. Coge a tu esposo e imagináros que os conocisteis aquí. El cuarto oscuro es magnífico para eso. Podéis bailar y magrearos oyendo jadeos de otros que hacen lo mismo. Eso pone mogollón. Más tarde fóllatelo, sea en un reservado o en una cama colectiva, lo decidiréis por el camino. Aprovecha que tienes hombre y que está aquí contigo. Más adelante podrás gozarte machos distintos —concluyó con un guiño cómplice.

Helena inspiró hondo y trató de contenerse, sin éxito.

—Es la segunda vez que me dan instrucciones para follar. Instrucciones que, como bien dijiste, no pedí.

La morena se alzó de hombros y se apeó del banco.

—Vale, hagamos como que no he dicho nada. Lo mejor será que me reúna con mis amigas.

* * *

Helena estaba confundida. Suponía que, si una mujer estaba dispuesta, le lloverían los hombres. Al menos eso creía viendo a chicas como Daniela, que parecía follar dónde y cuándo quería. Pero una cosa eran los resultados y otras los intentos, visto lo visto.

Durante el tour vio mucha gente liada, pollas entrando y saliendo de un sinfín de coños, menos el suyo. ¿Quería decir que si quería follar, tenía que hacerlo con el mismo de siempre? Por su cabreo con él no le entusiasmaba la idea, pero tampoco quería perder el viaje. Además estaba segura de que el lote que las dos chicas se estaban dando y que Rafael observaba como hipnotizado, le habría hecho efecto y ya tendría una erección.

En el momento en el que se disponía a pedirle ir a un reservado, de entre las sombras alguien salió, con intenciones de ocupar el taburete que la morena vestida de negro había dejado libre. Era el mismo joven de antes, el chico de ojos claros y fuertes bíceps y que a ella le recordó a Adonis.

Helena ignoró el nudo que sintió en la boca del estómago y le dijo:

—Vaya, qué pronto viniste, ¿pasó algo con esa pareja?

—El tío usa la mujer como gancho, pero lo que quería era liarse conmigo —el joven pidió una cerveza—. Y mira que le dije que yo solo iba con las tías.

Con la botella en mano hizo girar el asiento, para mirar primero a Helena y luego hacia el amplio salón lleno de divanes. La mujer notó que estaba enfadado, eso le complicaba las cosas. No sabía cómo insinuarse y, para colmo no tenía la ayuda de su esposo tal y como había hecho el marido anterior.

La imagen de Rafael sacándole un seno para ofrecérselo a ese guapo veinteañero requería de aquella complicidad que una vez tuvieron. El recuerdo le produjo una punzada de nostalgia. Pero, siendo quien era, la ejecutiva no tardó en recomponerse para seguir adelante con su acuerdo de ir cada uno por su lado.

Al ver al joven con la camisa a medio abrochar, Helena recordó las palabras de la *cougar* morena «...aunque hay mucha gente en esta inauguración, no hay tanta carne en el asador. Casi todos los tíos están marcados, no es una noche fácil». Pero ella tenía a uno al alcance de la mano, o del coño, ya puestos.

«Aquí hay que soltarse, dejar que fluyan las cosas» volvió a decir la morena en la mente de Helena. Sin pensárselo se acercó a Rafael y le formuló una pregunta con esa inflexión que tan buenos resultados le daba en su trabajo, que más que una pregunta, la gente la percibía como una orden:

—Seguimos de acuerdo en que esta noche estamos solteros, ¿cierto?

La última palabra evocó en el marido locas noches de juventud acompañando amigos en sus despedidas de soltero.

—Eh... Vale —respondió sin quitar ojo a las chicas que, de pronto, miraron hacia la barra, pero no a él, sino al joven que estaba junto a su mujer—. Será mejor que vaya a dar una vuelta entonces —agregó.

Rafael se alejó de la barra con el interés puesto en un show de estriptis que estaba a punto de comenzar.

Consciente de que en cuestión de segundos las dos del diván mostrarían una o varias tetas para birlarle -de nuevo- al chico, Helena jugó sus cartas y se desabrochó dos botones de la blusa, antes de acercarse al Adonis.

—¿Cuál es tu fantasía?

—¿Cómo? —el joven se acodó en la barra, centrando su atención en ella.

Dispuesta a no dejar pasar la que podía ser su única oportunidad de la noche, Helena giró el banco, se acodó en la barra y se inclinó hacia el chico, bajando al unísono tanto sus propias tetas como el timbre de su voz.

—Por lo que he deducido, la gente viene a estos lugares no solo a follar por follar. Siempre hay un deseo más profundo, menos... —su mano acarició el antebrazo del adonis—..., menos confesable.

—¿Solo uno? —susurró él, con la vista clavada en el profundo canalillo asomado entre la camisa blanca.

—Confiésate pecador —Helena se humedeció los labios.

—El más profundo me lo voy a reservar, pero el otro lo tengo enfrente.

El fuego que nació en el sexo de Helena no tardó ni una décima de segundo en esparcirse por todo su cuerpo.

—¿Y qué tienes enfrente?

—A una mujer con pinta de directora de escuela... Muy severa.

—Ay, pillín, apuesto que eras de esos estudiantes espabilados que dejaban caer los lápices cuando pasaba una maestra con faldas, para espiar por debajo.

Helena llevó su mano al cabello, sacó una de las encantadoras horquillas decoradas que lo mantenían recogido y después de sostenerla delante de sus ojos, la dejó caer.

La amplia sonrisa masculina le indicó a Helena que le había ganado el pulso a las dos chicas que los estaban mirando. El joven se puso de pie y luego se agachó para recoger la horquilla, con el detalle de que, sin reparo alguno, miró por debajo y le dio un suave beso en el muslo acompañando una caricia que le erizó la piel.

Un minuto después se alzó, puso su rostro a escasos centímetros del suyo y se la devolvió.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

—Para ti soy la señora directora. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

El joven puso cara de pensativo y luego respondió:

—Quimi, me llamo Quimi.

Helena rió complacida, el chico prometía, no solo era guapo. Demostró mucha agudeza escogiendo al chico malo de la serie *Compañeros*. De haber sido esa una entrevista para reclutarlo, le habría puesto el contrato sobre la mesa al instante.

Una vaga sensación interrumpió el flirteo. Era Rafael que, aunque estaba lejos, ya no miraba el show, sino a ella y a Quimi.

Helena le devolvió la mirada y le guiñó un ojo. Luego alzó la barbilla y de la mano de

Quimi, se encaminó a las entrañas del FyG, dispuesta a detenerse en el primer reservado libre que encontrara.

* * *

Las más vívidas fantasías en las que Helena se veía follando con jóvenes siempre transcurrieron en preciosas habitaciones, muy similares al interior de un bungalow donde ella y Rafael pasaron unas vacaciones en Bali. En sus fantasías también disponía de una cama para poder disfrutarlas.

El problema era que, a esa hora, más o menos las dos de la madrugada, en el FyG no había cama disponible, ni las privadas de los reservados ni las públicas de los cuartos colectivos.

El éxito de Cassandra jugaba en contra del éxito de Helena, que luego de besarse y tocarse con minuciosidad en un pasillo con Quimi, ambos estaban desesperados por quitarse la ropa que se interponía entre ellos.

—¿Y si vamos al cuarto oscuro? ¿O a alguna mazmorra? —preguntó Quimi después de un intenso magreo que Helena y él tuvieron en un pasillo.

Pero ella, que aún mantenía aferrada la dura polla sobre la tela del pantalón, dijo:

—Ni de casualidad. Yo quiero ver esto que tengo entre manos. Y en las mazmorras hay mucho rarito. Vamos, demos otra vuelta, esto es inmenso.

El vagabundeo los llevó hasta el fondo de una sala de juegos con futbolines, junto a mesas de billar y de cartas. Las lámparas que colgaban sobre las mesas daban al sitio un toque más luminoso que el resto del FyG, lo que permitía ver los exquisitos óleos colgados de las paredes, versiones mediterráneas de las posiciones del Kamasutra.

El lugar estaba poco concurrido. La búsqueda de intimidad los llevó a la pared del fondo, cubierta por una cortina negra y gruesa. Cuando Helena quiso apoyar la espalda para que Quimi la besara arrinconada contra la pared, casi se cae de espaldas porque más allá de la cortina no había nada.

Intrigados, la pareja se escabulló por un extremo. Al cruzar se encontraron en una zona parcialmente iluminada que aún estaba en fase de preparación y que al parecer sería habilitada más adelante. Por lo visto Cassandra quería que el FyG se convirtiera en el local *swinger* más grande de Europa o, quizá, del mundo.

—Podemos darnos el lujo de escoger —dijo Quimi, con expresión traviesa.

El lugar era la continuación de la sala de juegos. Tenía planta en medialuna, con una zona común que servía de antesala para varias estancias acristaladas en las que se acumulaban divanes aún en sus plásticos y potros forrados en cuero con asideros y recovecos para follar en un sinfín de posiciones. El recinto central parecía estar listo. Dentro había una gran cama redonda rodeada de trípodes con reflectores y cámaras. Quimi activó la iluminación y dijo:

—¡Un set de grabación! Supongo que será para jugar a ser actores porno.

—Me da que Rafael se pondría el primero en la fila —murmuró Helena probando con la palma de la mano cuan dura era la cama.

—¿A ti no te gustaría hacer una porno? —Quimi transformó una mano en un objetivo de cámara y la miró a través del agujero—. Desde luego tienes un cuerpo de infarto. Si hubieras sido mi directora, me hubiera portado mal cada día para ir a tu despacho.

El comentario y la pantomima del cámara de peli porno llevó a Helena hasta la bifurcación final. Se sintió sensual y deseada, una combinación que anhelaba recuperar desde hacía tiempo y que ahora quería disfrutar. Estaba en un lugar solitario acompañada por la encarnación de uno de sus muchos amantes oníricos, en una situación en la que nadie la juzgaría y con el beneplácito -si

bien no muy entusiasta- de su marido.

Era ahora o nunca...

—*Alea iacta est* —dijo Helena.

—¿Qué? —Quimi bajó la mano.

Helena decidió que no era buen momento para traducir esa frase dicha por Julio César al cruzar el Rubicón. En cambio optó por algo más prosaico y excitante.

—Si no me grabas, no me quito la ropa y te castigaré sin que me puedas tocar ni mirar bajo mi falda...

—Lo que usted ordene, señora directora, pero por favor no se lo quite todo, que va muy elegante.

Helena sonrió, por lo visto cada uno iba tras su fantasía, ella a por su jovenzuelo y él a por su cuarentona sexy investida de autoridad.

Aunque los escauceos previos le habían desarreglado la blusa, la chaquetilla y la falda, la fuerza de la costumbre las había colocado de nuevo en su sitio cuando se enfilaron tras la cortina.

Ella comenzó un lento recorrido alrededor de la cama, de más de dos metros de diámetro. Con cada paso desabrochaba un poco más su blusa, cuidando de no separar los bordes de la ceñida chaquetilla negra. Un cuarto de vuelta después, ambos bordes ya estaban separados, dejando ver a Quimi la deliciosa franja de suave y blanca piel que, desde el espigado cuello iba hasta el borde de la falda, mantenida en cintura por la correa de la raya roja. Lo único que rompía la cascada de clara piel era el sostén de encaje, que abrazaba unos senos que pedían a gritos ser acariciados, besados, apretados y lamidos.

Quimi bajó la mano con la que simulaba ser un cineasta. Quería mirar a esa mujer tan atractiva sin que nada se lo impidiera. Demostrando una paciencia impropia de alguien de su edad, se mantuvo a tres pasos de la cama, justo al lado de uno de los trípodes.

En el siguiente cuarto de vuelta Helena se quitó la chaquetilla, que voló hacia una alta silla plegable, la que por detrás tenía escrito *Director*. Lo mismo hizo la camisa cuando se la quitó al llegar al último tramo del recorrido de la cama circular. Un minuto después también aterrizó sobre ella el sostén.

Helena comenzó a subirse la falda cuando faltaban pocos pasos para llegar al punto de origen de su recorrido alrededor de esa mullida rotonda, en donde la esperaba su joven acompañante, con la respiración entrecortada y la desesperación palpable. El azorado Quimi tenía delante de él a una electrizante mujer madura, con curvas de vértigo y senos generosos y firmes quien, plantada sobre sus tacones de aguja, le ofrecía con las piernas algo abiertas lo que el pequeño triángulo de encaje negro escondía.

Quimi vaciló un instante. Se moría por arrodillarse entre sus tobillos para ir directo a por ese coño del que se entreveía una fina raya de pelo tras el encaje negro. Pero, por otra parte, era una señora... Pocas semanas atrás, la mujer más mayor con la que había estado -ni siquiera treintañera-, le había dicho que debía ser más caballero y comenzar con unos buenos y largos preliminares. «¿Contarán los morreos en los pasillos de hace un rato?» se preguntó. Si lo hacía bien, tal vez pudiera coincidir más veces con la señora directora en ese local *swinger*.

Dispuesto a seguir la recomendación de aquella chica, Quimi avanzó, decidido a abrazar a su fantasiosa directora de escuela para acariciarla, besarle el cuello y avanzar poco a poco. Pero, sin saber cómo, cuando llegó hasta ella estaba arrodillado, con la cara a un palmo de la negra braga de encaje.

—Adelante mi niño, adelante y muéstrame todas las travesuras que haces.

Al apartar la tela Quimi quedó paralizado, era un coño precioso que, aunque sus labios

vaginales exteriores estaban muy juntos, dejaban entrever lo que a duras penas custodiaban: un sinfín de pliegues de delicada piel, un caleidoscopio de colores que iban del blanco, pasando por un abanico de rosas, hasta el tono amaderado del borde de los labios internos, expuestos cuando Quimi abrió por completo el coño. Tomado en pleno por el ansia, el joven abrió la boca y lo cubrió todo, atrapando tanta esencia femenina como le fue posible.

—¡Ohhh! —Helena dobló las rodillas al tiempo que soltaba un jadeo, el primero de los cientos que dejaría escapar esa noche.

Incapaz de mantenerse en pie, se acostó en la inmaculada cama circular sin estrenar. El movimiento fue aprovechado por Quimi para sacarle el tanga y terminar de enrollar la falda en la cintura.

La nueva posición, con Helena tumbada boca arriba, el culo cerca del borde de la cama y las piernas abiertas con los tacones de sus sandalias en el borde del colchón dejó el campo libre a Quimi que, arrodillado y con ambos brazos bajo los muslos de la mujer, se dio el banquete de su vida.

Los masajes circulares de la lengua sobre el clítoris, con eventuales saltos al interior de la vagina, enloquecieron a Helena que, por primera vez en muchísimo tiempo, desterró de su mente cualquier clase de pensamiento consciente, dejando que el vacío resultante fuera ocupado solo por sensaciones: calor creciente que se enroscaba en su vientre creando oleadas de electricidad que salían y volvían a su sexo y se difundían por todo su cuerpo. Sentía que se ahogaba, un ahogo placentero que la dejaba sin aire cada vez que Quimi succionaba y lamía con boca experta su coño necesitado.

Helena creyó desmayarse cuando Quimi estiró los brazos para poner las manos sobre sus pechos mientras que con el índice y el pulgar pellizcaba sus sensibles pezones al tiempo que su boca voraz succionaba su clítoris.

El volumen de su grito al correrse fue tal que, de no estar en un lugar insonorizado en el sótano de un centro comercial, habría ocasionado varias llamadas a la policía.

—¡Te quiero dentro, Quimi! Te quiero dentro —dijeron al unísono tanto Helena como su coño.

El joven logró mantener a raya un desespero que lo hubiera lanzado sobre la mujer con los pantalones a medio bajar. En cambio se tomó su tiempo para desnudarla por completo y quitarse su propia ropa con estilo y picardía.

En la cama Helena no veía la hora de sentirlo. Su vagina palpitante aún le hacía sentir estremecimientos de placer. Sus sentidos no solo estaban abrumados de tanta ansia, para colmo lo que veía la volvía loca: el chico era un bombón que podía estar en la portada de GQ, musculado y en forma. Con una mano en un seno y la otra en su clítoris, Helena se acarició viendo como Quimi se desvestía sin despegar la mirada de ella. Cuando dejó caer su camisa en la silla, sintió una nueva contracción al ver la V de sus abdominales que descendían hacia su sexo que en estos momentos estaba tan grueso y erecto que pensó que podría agujerear sus pantalones. Que acertada había estado antes en pensar en él como un adonis, porque esos músculos en V se llamaban así: el cinturón de Adonis.

En el momento en el que Quimi se sentó en el borde para quitarse lo que le quedaba de ropa, Helena aprovechó para arrodillarse detrás de él y acariciarle el torso desde atrás. Al tocar la V sintió como su coño se humedeció aún más.

Con solo los bóxers como vestimenta, el Adonis quiso ponerse en pie para continuar el espectáculo. Pero Helena, decidida a no esperar más, enganchó el elástico superior y tiró hacia abajo.

—¡Qué culo tienes, chaval!

Eliminada la prenda a la carrera, Quimi se giró y preguntó:

—¿Y esto? ¿Qué te parece?

La polla que se materializó ante ella era de infarto, proporcional a un cuerpo perfecto: veinte centímetros, gruesa y con un glande sin circuncidar tan lindo que provocaba darle besitos y después comérselo. Aunque con ese tamaño, solo le entraría la mitad en la boca.

Visto que lo tenía muy cerca, Helena se dijo que su coño podía esperar un momento.

—Ven mi niño, ven aquí, que tu directora te va a castigar.

Sentada sobre sus tobillos, la mujer cogió el miembro con ambas manos. Quimi era un coqueto, se dijo, porque lo mantenía muy bien cuidado, con el pubis recortado y testículos afeitados que sopesó con una mano. Eran pesados, ahí debía haber mucha leche, se dijo antes de acercar sus labios al glande. Tras un primer besito, lo lamio y lo envolvió con sus carnosos labios.

Su primera impresión se la dio su lengua. El líquido preseminal le gustó tanto, que se sacó el miembro y con un lento masaje de su pulgar hizo que brotara una nueva gota, que atrapó con la punta de la lengua.

Helena continuó explorando y saboreando a Quimi, cuya respiración se volvía errática, mientras soportaba la deliciosa tortura a la que ella lo sometía, anhelando más, pero incapaz de pedirlo porque estaba disfrutando del tormento de esos labios curiosos y de esa lengua perversa que lo llevaban al límite. Helena lo fijaba desde abajo con una mirada traviesa y conocedora. Luego se apiadó, aferró las nalgas masculinas y empujó su pene hacia el interior de su boca tibia. Quimi tuvo que hacer acopio de toda su disciplina cuando sintió que su glande tocaba la garganta mientras ella evitaba el reflejo de una arcada respirando por la nariz. Ninguna mujer lo había llevado tan lejos. El éxtasis se incrementó por el cálido y delicioso abrazo de su saliva.

El reencuentro de Helena con algo que le gustaba hacer desde que comenzó a tener relaciones sexuales, pero que en su rutinaria y estresada vida marital casi había desaparecido junto con los juegos preliminares, le sentó muy bien. La despreocupación absoluta también añadió placer a la experiencia.

Cuando Quimi enroscó sus cabellos alrededor de su mano para guiar su cabeza adelante y atrás, creyó enloquecer de placer. Sentirse guiada, en lugar de guiar la excitó tanto que su coño comenzó a pulsar de deseo. Necesitaba tener ese enorme pene dentro de ella. Él debió notar su desesperación, porque con lentitud sacó su polla de la boca, que hizo un divertido plop al dejar atrás los labios. Con una sonrisa incitadora ella se tendió de espaldas, abrió sus piernas y subió sus caderas en un reclamo descarado. El joven, si bien no quería retrasar el delicioso momento de la penetración, optó por dedicarle más tiempo a ella jugando con ese cuerpo exquisito. Una vez se subió y se extendió a su lado, Quimi la hizo enloquecer con caricias de pies a cabeza al tiempo que mordisqueaba y besaba sus senos. Luego bajó con su boca hasta el ombligo mientras una mano vagaba por el Monte de Venus. Incapaz de resistirse a la tentación introdujo su dedo medio en su vagina. Sentirla tan húmeda y dispuesta hizo que al joven se le hiciera agua tanto la boca como su polla, endurecida cual acero templado.

Solo bastó un giro de él para colocarse sobre ella. La inminencia de lo que tantas veces había soñado provocó que Helena subiera la pelvis y separara más las piernas, movimiento que, también, separó los labios, hinchados, calientes y expectantes. Los segundos que Quimi mantuvo en contacto su glande con la vagina mezclaron los jugos que ambos manaban tal y como se mezclaron los anhelos del uno por el otro.

—¡Métemela, mi niño! Te has ganado el recreo. ¡Métemela!

El lento movimiento de cadera con el que Quimi empujó su miembro separó la pared vaginal, cuya piel caliente, rosada y húmeda cedió ante el avance de la palpitante cabeza.

Helena puso las manos en las nalgas, atrayendo a Quimi e invitándolo a llegar a fondo. El ansia del gesto añadió aún más excitación a ese primer contacto con el que ambos se unieron entre jadeos y gemidos. Si bien el tamaño de Quimi, era similar al de Rafael, se sentía diferente. Quimi era más ancho, su marido era más largo, ambos placenteros sin ninguna duda. La comparación le hizo pensar en Rafael: era la primera vez que estaba con alguien desde que se había casado con él. Tal vez si el sexo entre ellos no se hubiera vuelto tan aburrido no habrían llegado hasta ese punto. ¿Qué les había pasado? Pero no era momento para cavilaciones, entre sus piernas tenía lo que parecía ser todo un semental, joven, guapo y deliciosamente tonificado a juzgar por la dureza del culo que estaba tocando. Estaba dispuesta a disfrutar cada minuto de este deseo hecho realidad.

Quimi comenzó con un ritmo lento pero, como ella necesitaba distraer su mente de Rafael, sin ser consciente le dio a su nuevo amante una nalgada en ese glorioso trasero para incitarlo a acelerar el ritmo. Quimi aceptó la sugerencia encantado y comenzó un frenético vaivén ejecutado con maestría y resistencia, que la dejó casi sin aliento. Cuando estaba a punto de correrse, el joven cambió el ritmo, dando paso a otro más pausado que le imprimía al glándulo un vaivén muy amplio. Cuando retrocedía, el pene salía casi por completo, dejándola al borde de la desesperación, para luego arremeter y encajarse tan profundo que la punta besaba el cuello uterino. Era desesperante y delicioso. Ella volvió a darle otra nalgada que él recibió con una pícaro sonrisa.

—Veo que mi directora está desesperada por correrse.

Ella ya no tenía aliento para seguir con su papel.

—¡Fóllame!

Quimi añadió un golpe seco de cadera al finalizar cada penetración, tocando una y otra vez de forma deliberada su punto G y llevándola cada vez más al borde, acumulando su energía sexual como si fuera el carro de una montaña rusa antes de descender a toda velocidad.

A partir de ese momento sus miradas se entrelazaron y las respiraciones agitadas se acompañaron al vaivén del pene que se hundía en la vulva hinchada, abierta y que mostraba labios vaginales húmedos de humores.

Helena estaba a punto de correrse de una forma salvaje. Sus manos saltaron de la espalda de Quimi a su cabeza, en desesperada búsqueda de un asidero para afrontar lo que venía. Lo encontró en sus cabellos, a los que se aferró cuando fue presa de un brutal orgasmo que casi le hace perder el sentido. En ese instante Helena se convirtió en pasión pura encarnada en forma de mujer.

No obstante su propio paroxismo, fue capaz de sentir el cuerpo de Quimi tenso, con su cadera empujando contra la suya mientras liberaba el semen de sus pesados testículos. Quimi se sentía extasiado por estar, por fin, con una sensual y atractiva directora en sus cuarenta.

Bajo él Helena sintió con diáfana claridad, cada chorro de esperma que la invadió. Los periódicos baños de calor, tan dentro de sí, mantuvieron vivo un orgasmo que pareció eterno.

«Así deben ser los que tiene Daniela con Zelalem» pensó Helena al retomar contacto con ella misma.

De pronto la cara del guapo y enorme negro se materializó sobre ella, por encima del hombro de Quimi que, agotado, recuperaba aliento sobre ella.

—Me hiciste alucinar, Quimi —dijo Helena—. Y todavía sigo alucinando.

Helena agitó la cabeza para hacer desaparecer la imagen del amante de Daniela. Al volver a

mirar Zelalem no solo seguía allí, sino que sonreía de oreja a oreja.

—¡Bravo Helena! Veo que te la estás pasando bien.

Al escuchar el saludo, Quimi se separó y se acostó junto a ella.

—Chicos, no podéis estar aquí. Debéis regresar a las zonas habilitadas.

—¿Y cómo sabías que estábamos aquí? —preguntó Quimi.

Zelalem señaló las cámaras colocadas sobre los trípodes.

—Seguridad os pilló apenas entrasteis, pero yo les pedí que os dieran un margen —el travieso portero guiñó un ojo.

—¿Nos grabaron?! —Helena se alarmó.

—Tranquila, aquí no pasan cosas como la que le pasó a Cristina.

Zelalem estaba en todo, se dijo Helena.

—Vestíos y regresad. Tenéis muchos sitios donde hacer diabluras.

Helena sintió como Zelalem la escrutaba de arriba abajo deteniéndose, sobre todo, en la densa, gruesa y blanca gota que salía de su coño. La sonrisa cómplice del hombretón le puso los pezones como dos piedras.

* * *

Helena se sentó al borde de la redonda cama del set de grabación. Aunque tenía las piernas abiertas, las separó aún más al sentir como, ayudada por la nueva posición, el semen de Quimi manaba de su vagina. No quería ponerse en pie. Ni por asomo quería que ese líquido espeso resbalara muslo abajo hasta sus pies.

A su lado Quimi, al que solo le quedaba la camisa por poner, posó con delicadeza los vestidos de Helena, en orden, con las bragas y el sostén encima, seguido por la falda, la blusa y la chaquetilla ejecutiva negra.

—No me puedo vestir. Necesito asearme —dijo sin agregar en voz alta que también necesitaba poner su mente en orden.

Quimi vio la entrepierna de la mujer. Una oleada de orgullo lo envolvió. Se congratuló consigo mismo por su desempeño aunque él habría preferido probar un par de posturas más. Pero ella no estaba para acrobacias sino para un buen polvo de estreno.

—Tu amigo dijo que los baños de esta zona están cerrados. Si quieres voy a por papel.

—Sí, por favor. Trae mucho.

La tardanza impacientó a Helena. Quería vestirse y estar un tiempo a solas para procesar lo sucedido. Agradeció cuando Quimi apareció con varias servilletas.

—Oye, si no te importa tengo que dejarte —dijo él—. La chica de antes, la del marido con la mano larga, me invitó a tomar una copa con ellos. Por lo visto quieren disculparse.

—Está bien.

—Ha sido un gusto estar contigo. Eres una gran directora.

—Tal vez me replantee mi vocación.

Se sonrieron y él se marchó. Una vez Quimi desapareció tras la cortina, Helena no se movió. Estaba paralizada; con los cabellos revueltos; sudada; con el coño enrojecido y sus labios aún hinchados, separados y, bajo ellos, una generosa cantidad de esperma, un charco en miniatura que crecía a medida que se vaciaba la vagina.

—¿En qué estaba pensando? —se preguntó en susurros—. ¿Cómo terminé aquí y en este estado?

Helena se sobresaltó. Se dio cuenta de que si ella se oía a sí misma, tal vez la estuvieran escuchando. Miró hacia la cámara del trípode y su antenita de Wi-Fi. De inmediato se echó el

pelo hacia delante, para taparse la cara.

Varios segundos después entendió lo fútil del gesto. Un rato antes había estado a cara descubierta delante de esa misma cámara, con una tranca enorme entre las piernas abiertas, la misma que estuvo antes en su boca. La pasión sin freno podía hacer añicos cualquier inhibición. Helena pensó en Cristina y en su fogoso amorío en la sala de prensa de la Corporación. Una vez se recompuso la cabellera, susurró:

—No creo que ver a una mujer limpiarse el coño sea gran cosa... Bueno, a lo hecho, pecho.

Los movimientos para limpiarse fueron los mismos que hacía siempre que estaba en esa situación, solo que con un semen que no era el mismo de siempre. La plena conciencia de que ese no era el semen de Rafael le produjo el mismo efecto al de recibir un golpe en la boca del estómago.

A la falta de aire se añadió un extraño vértigo, como si su alma estuviera sobre un columpio que, en cada oscilación, la llevara del interés a la distracción, del enfado al temor, de la melancolía a la serenidad o, inclusive, de la alegría a la tristeza.

El chaparrón emocional comenzó a amainar a medida que su desnudez retrocedía. El contacto con sus ropas le devolvió el sosiego. Era lo único familiar y propio en ese solitario sector del FyG. Con la calma regresó su pragmatismo.

«¿Existe algún motivo de peso por el que me deba sentir mal?» Helena miró fijo a la imagen que el acristalamiento del set reflejaba.

La pregunta era pertinente. Acababa de follar con un desconocido.

«Tengo mis anticonceptivos y no he hecho nada a escondidas de Rafael» pensó. «Hoy tienes un día libre sexual Helena, aprovéchalo».

La ejecutiva del cristal sonrió y, con expresión pícaro, se desabrochó no uno, sino tres botones de su blusa.

* * *

La visita a los vestidores renovó a Helena, que se refrescó y retocó su peinado y maquillaje. Llevaba la blusa con el escote semiabierto que dejaba entrever de manera sensual el sujetador de encaje negro que recogía sus generosas tetas y le hacía un canalillo de infarto.

Las zonas comunes del FyG ya no estaban tan abarrotadas. Por lo visto, la mayoría había encontrado una habitación o alguna sala de juegos eróticos. Aún así había personas por doquier.

Sus pasos sin rumbo la llevaron a un bar auxiliar que servía de antesala a la zona de las mazmorras. Aunque no habían pasado ni dos horas desde que lo recorrió junto a Rafael y la azafata, sintió que había sido mucho más tiempo.

Evocar a su marido la llevó a preguntarse si aún estaría mirando el show erótico de cada hora en punto o a las lesbianas. Tal vez estaría fisgoneando en alguna de esas mazmorras.

En la barra del pequeño y oscuro bar solo había dos parejas: una tan madura que a Helena le sorprendió verlos en un local liberal. Con un discreto vistazo determinó que eran elegantes y atractivos. Pensó en cuántas parejas diversas había visto a lo largo de la noche. Si tuviera que hacer un eslogan publicitario, diría que «los swingers venían en todos los formatos y estaban prescritos para todas las parejas».

Las otras dos personas le daban la espalda, pero lo que llevaban puesto la intrigó. Helena se forzó a ser algo indiscreta. La gente no iba allí para no ser vista, al contrario... Después de rodearlos, los miró de frente: la mujer de semblante severo vestía un atuendo hecho con cuero negro igual a los que aparecían en las películas policiales cuando el detective de turno entraba en algún antro decadente. «¡Una *madame*!» fue lo que le vino en mente. Luego, recordando una de

las pestañas del portátil de su marido, rectificó: «no, *madame* es otra cosa, ella es una *femdom* o una *dominatrix*».

Su primer instinto, el de regresar por donde había venido, quedó sepultado al detallar a quien tenía a su lado: un jovencísimo esclavo con un cuerpo que parecía haber salido del taller de escultura del mismísimo Miguel Ángel. La diferencia era que, en vez de tener sus partes tapadas con una hoja de parra, estaban ocultas dentro de una pequeña prisión de acero inoxidable, cerrada por un candado en miniatura.

La sorpresa terminó de ahuyentar la discreción de Helena.

—¡Joder! ¡Tiene la polla y los huevos dentro de un cinturón de castidad!

El esclavo, que como única vestimenta tenía la prisión de metal y un collar de cuero alrededor del cuello, miró a Helena. Y su escote.

Una mano voló y se estrelló contra la mejilla del chico.

—¿Te di permiso para mirarle las tetas a esta chica? Solo puedes mirarte tu propia polla.

Un fuerte pellizco en un pezón, reforzó el mandato.

—No Ama. Perdona, Ama —el joven bajó la vista y la mantuvo sobre su pene, encerrado dentro de un cepo color plata brillante, con forma de polla, pero muy pequeño, que nacía de un grueso anillo fijo en la base del miembro. Por debajo colgaban, libres y pesados, dos enormes cojones que, en caso de ser proporcionales con el pene, anunciaban un falo de colosales dimensiones.

Helena miró a la *dominatrix*. Era tan madura como la pareja que estaba cerca aunque no tan guapa como la señora elegante. Pero su atuendo era hipnótico. De un chispazo entendió que su marido mirara vídeos con gente como esa. La mujer estaba enfundada en un corsé de cuero negro con hebillas y cadenas. Por debajo un liguero también en cuero sostenían unas medias negrísimas, a las que solo se les veía el muslo ya que el resto estaban dentro de las botas más altas que hubiera visto, con al menos quince centímetros de tacón y con tantas hebillas y tiras como el corsé.

—¿Qué miras? ¿Acaso te gusto? —preguntó la *dominatrix*.

—No, el que me gusta es él.

La *femdom* miró a Helena de arriba abajo.

—Estás en el bar equivocado, guapa. No deberías salir de tu ministerio, o de tu hospital —la mujer volvió a pellizcar el pezón de antes, con mucha más saña.

El gemido ahogado encendió a Helena con una mezcla de excitación, rabia e instinto protector. Salvando las distancias, de haber sido eso la Corporación y fuera testigo de un acto de abuso de una gerente poderosa en contra de un joven empleado, ya estaría tramitando el despido de esa zorra.

Con semblante serio miró al chico y, con el mismo tono autoritario que la *dómina*, dijo:

—Dime cuántos años tienes. Ahora.

—Tengo 22 años y adoro lo que mi Ama me hace —respondió con una sonrisa de hoyuelos.

—¿Conforme, justiciera? ¿Excitada? Déjanos en paz entonces —dijo la Dom.

Helena no respondió. Eso no era ni la Corporación ni un parque con una madre reprimiendo a un niño, era un lugar en el que eso estaba permitido. Un sitio muy lejano a los que ella estaba acostumbrada como el «ministerio» al que había hecho referencia la *dominatrix*. Lo que no pensaba hacer era darle el gusto de echarla de ahí. Podría no estar en su zona de confort, pero jamás había rechazado un pulso relacionado con asuntos de poder.

«A ese chico, me lo follo» se dijo Helena, dispuesta a negociar la liberación del esclavo, aunque fuera solo por un rato.

* * *

La dominatrix había sido un hueso duro de roer. Al final logró convencerla diciéndole que si les permitía a ella y a su esclavo estar juntos, luego le debería un favor que podría cobrarlo cuando quisiera. Al ver que a la mujer se le iluminaba el rostro, supo que había conseguido el acuerdo. Era como negociar con Al Capone en versión fetichista. A cambio la *dominatrix* le hizo prometer que cuando volvieran a coincidir en el FyG, le cedería a su marido para una sesión de BDSM. Helena accedió a regañadientes, pero no pudo negarse porque después de descubrir los vídeos en el ordenador, supo que Rafael disfrutaría muchísimo haciendo realidad esa fantasía. La promesa que la Ama arrancó del chico sumiso no le quedó clara a Helena, pero tenía que ver con algo llamado *Monster Plug*.

«Aquí tienes la llave, ministra. Te advierto que desde hace un mes lo masturbo, pero cuando está por correrse, le corto el orgasmo con agua fría. Así que cuando esos cojones suelten lo que tienen, será mejor que te apartes».

Helena salió del bar llevando de la correa al esclavo, otra de las exigencias. Se sentía como una amazona, porque la tira de cuero subía casi en vertical, por lo alto que era el joven hombretón.

La suerte y la menor cantidad de público permitieron a Helena y su mascota entrar en un reservado impoluto. Viendo que no había nadie en los alrededores y recordando las explicaciones de la azafata, no cerró la puerta. El código del FyG permitía que, si alguien encontraba un reservado ocupado pero no cerrado, podía mirar y también ser invitado a participar por los que estaban dentro. Helena tenía la firme intención de salirse al máximo de su zona de confort durante el resto de la noche.

Después de regular la luz para que no hubiera tanta penumbra, Helena llevó al joven junto a la cama, en esta ocasión cuadrada, aunque también de dos metros por cada lado. Lo primero que hizo fue quitarle el collar. Al ver la marca fruto de los tirones de su *domina*, se lo acarició.

—Pobrecito mío ¿Te duele?

—El placer y el dolor a veces van juntos. Me gusta. También me gusta usted, por cierto.

—Y tú a mí.

Helena volvió a acariciarlo. El contacto con su piel tan tersa la excitó. Delante de ella tenía el germen de un hombre espectacular, todavía en ciernes, pero completamente hecho, tal y como se lo había imaginado en mil y una pajas.

Contagiada por la *dominatrix*, Helena comenzó a acariciar al esclavo de una manera inusual, lujuriosa. Guiada por puro instinto acercó su nariz al pecho del chico, llenando sus fosas nasales con su esencia masculina. Le habían confiado a ese espécimen para hacer lo que le diera la gana. En ese momento lo que le apetecía era disfrutarlo en su rol de hembra dominante.

—En ese caso, te voy a usufructuar. Te permito que te sientas libre de hacer lo mismo.

—¿Segura?

Helena se puso de puntillas y como era tan alto, tuvo que alzar una mano para obligar al joven a inclinarse y besarla.

Una vez que él se convenció de que podía hacer lo que quisiera, la besó y tocó, electrizándola con cada caricia. De pronto los labios ya no eran suficientes y a medida que retiraba la chaquetilla, la blusa y el sostén, la besó en el cuello, en los hombros y en sus tetas generosas. Los labios carnosos y húmedos del chico coparon la atención de Helena, en particular cuando los combinaba con su lengua. Era todo un maestro, pensó ella mientras sus torsos desnudos se juntaban y separaban. Las manos masculinas se cerraban sobre dos magníficos pechos mientras que las femeninas apretaban los pectorales del esclavo, duros como granito.

Las caricias de Helena bajaron hasta el vientre, un verdadero campo de abdominales. El paso por la ingle fue rápido porque ardía en deseos de tocar su...

Helena se había distraído por el intenso magreo. Cuando tocó la entrepierna del esclavo, la encontró clausurada, encerrada en una pequeña prisión de bruñido y frío acero en forma de minúscula polla.

—¡Oh! Me había olvidado. ¿No te hace daño?

—Ahora sí, mucho. Cuando me excito la polla crece pero la jaula de castidad lo impide.

—¿Pero no te duele? Es horrible.

—No es dolor... —el esclavo hizo una pausa, mirándose el torturado miembro—. Bueno, sí, podría decirse que duele, pero para mí es más una molestia muy placentera que hace que me excite más.

—Pero si te excita más, crece más y te molesta más.

—De eso va la cosa.

El esclavo cogió uno de sus senos, le tomó el peso en su mano abierta y luego lo besó y chupó. Repitió ese juego con el otro y luego comenzó a alternar sus besos y lamidas cada vez con más ansias. Un rato después lanzó un profundo gemido. Jugar con ellos le había hecho crecer aún más el pene.

—Ay... Tus ricas tetas me están matando.

—¡No! Joder, menudo masoquista eres, niño. Entiendo que te guste, pero yo quiero polla libre para disfrutarla, no enjaulada.

Helena gateó sobre la cama en busca de la llave que reposaba en uno de los bolsillos de la chaquetilla.

La vista de la mujer a cuatro patas sobre la cama, con su falda subida por la postura, que mostraba medio culo redondo y firme, arrancó otra queja al chico.

Al oír el efecto que había causado su involuntaria exhibición, Helena sintió deseos de ser un poco mala. Después de recuperar la llave y dejarla a mano, se dio a la tarea de acariciarse los senos, llevándose uno primero y otro después a la boca, para chupar sus sensibles pezones.

Al pie de la cama el esclavo se doblaba sobre sí mismo. El cepo de metal mantenía a raya una polla que clamaba por expandirse, incapaz de hospedar toda la sangre que su libido enviaba.

Mientras el chico sufría, Helena se puso en pie, se quitó la falda y se desembarazó del tanga. Los ojos de deseo del martirizado joven la transportaron atrás en el tiempo a cuando el sexo era más un disfrute que una válvula de desahogo. Con malicia y deseo Helena se plantó en medio de la cama y con una mano a cada lado de su coño, con delicadeza e impudicia se separó los labios.

—¡Ohhh! ¡Mmmm! —el joven no tenía palabras, solo gemidos.

Helena pensó que había formas menos violentas de torturar. Ella no estaría muy puesta en esos menesteres fetichistas, pero el efecto que estaba consiguiendo la complacía. Y ya que estaba, podía seguir exhibiéndose. Por eso se giró, se inclinó hacia delante y plantando una mano en cada nalga, se las separó, ofreciendo su ojete, casi virginal ya, porque hacía muchísimo que Rafael ni se lo rozaba.

Por lo visto y sin que fuera su intención, Helena había apretado una tecla secreta porque dos poderosos brazos la atenazaron al tiempo que la cara del esclavo se plantó contra sus nalgas. Un segundo después sintió su lengua desesperada lamiendo su ano, jugueteando con los primeros anillos de su esfínter, para luego invadirla con su lengua voraz.

«A mi negro le encanta el beso negro» le había dicho una vez Daniela. «Deberías dejártelo hacer algún día, te sube a las estrellas».

Helena, que mantenía el culo en pompa con los sentidos embotados de tanto gusto se

preguntó sobre cuánto tiempo hacía que no tenía sexo anal con Rafael. La respuesta no llegó porque fue incapaz de continuar el pensamiento, que fue interrumpido por un inesperado orgasmo que la dejó con las piernas temblando. Nunca imaginó que una buena comida de culo pudiera hacer alcanzar un orgasmo, y menos aún tan intenso.

Aún con la agitación en su respiración por el desconocido placer que acababa de experimentar, Helena se sentó al borde de la cama y le hizo señas para que se colocara de pie ante ella. El pene se veía tan hinchado de la excitación que pensó que podría romper su celda.

—Ven cariño, te dejaré libre.

Con cuidado Helena introdujo la llavecilla en el ojo de la cerradura del pequeño candado. Una vez la giró, retiró las manos, creyendo que el caparazón metálico saldría volando, mas no ocurrió.

—Tienes que abrirlo, quitarlo y soltar la abrazadera.

—¿Abrazadera?

La que rodea la base de mi polla. Así se desarma.

Cumplido el procedimiento y retirado el reluciente cepo plateado, Helena fue testigo de una metamorfosis increíble. El pequeño y casi violeta pene multiplicó varias veces su tamaño a solo un palmo de su cara.

—Pobrecillo...

Helena acarició el miembro con dulzura. Luego le dio besitos, comenzando por la base, ahí donde se veía la redonda marca de la abrazadera. De los besos pasó a las lamidas, que se extendieron a los testículos. Sucumbiendo a la tentación, Helena abrió su boca y succionó primero uno, luego el otro y, al final, ambos.

«Ahí hay un mes de lefa» las palabras que la cáustica *dominatrix* había dicho durante la negociación resonaron en su mente, provocándole una contracción tan fuerte, que sintió como su coño se inundaba de humores.

Helena se preguntó que qué haría cuando llegara el momento de que ese chico se corriera. Lo que era seguro es que no se apartaría, ese trofeo sería para ella, de una manera u otra.

Mientras pensaba en una corrida que sería toda para sí, su boca saltó de los testículos al grueso tallo, coronado con el glande circuncidado más perfilado que hubiera visto. El asunto era que, en realidad, tampoco había visto muchos.

Que una polla la obligara a abrir mucho la boca también era una novedad, sobre todo porque casi nunca las comía. Pero esa noche tenía licencia para zorrear, y eso era lo que estaba haciendo.

Al mover su cabeza hacia atrás y hacia adelante, siguiendo la dirección marcada por semejante pollón, Helena rezó para que el chico no se corriera. Por una parte sintió algo de temor al pensar que se atragantaría y por otra sintió una gran curiosidad por ver qué sucedería cuando él liberara toda su simiente acumulada.

Por segunda vez en la noche surgió una profunda rivalidad dentro de Helena: su coño reclamaba su parte del festín, pero también su boca y sus tetas. En resumen, no quería perderse ni una gota de lo que había en esos cojones.

Cedido el control a su coño, Helena se acostó de espaldas, alzó las piernas, las colocó en V y con las manos volvió a abrirse los labios vaginales.

Sin impedimento alguno, el esclavo acercó su glande a la expuesta y expectante vulva.

Lo primero que tocó a Helena fue una inmensa gota de líquido preseminal la cual, cumpliendo su rol lubricante, facilitó la entrada de una cabeza tan grande.

—¡Mmm!

Esta vez el quejido no lo profirió el chico, sino Helena. Su vagina se adaptó para dar paso a esta nueva polla que estaba invadiendo su vagina por segunda vez en la noche. Sintió mucho morbo al verse en esa decadencia sexual. Quería sentir y experimentar, volver a conectarse con el placer y la variedad. El esclavo no era tan experto como Quimi, y mucho menos como Rafael en el pasado, pero lo que le faltaba en destreza lo compensaba con lo fornido de su cuerpo y el tamaño de su miembro. El joven era una sinfonía en movimiento y belleza que sobrepasaba con su tamaño y entusiasmo los sentidos de Helena. También influía el morbo de la atmósfera del local liberal y su fantasía cumplida, de nuevo con otro hombre guapo, joven y vigoroso que con sus rítmicas penetraciones la subió a la cima del placer hasta que, con gemidos entrecortados, alcanzó un nuevo orgasmo.

Determinada a saborear más tiempo al esclavo que a Quimi, una vez Helena dejó de temblar por el clímax, lo empujó y se levantó, con ganas de follar de pie aunque con algo de torpeza, porque aún le fallaban las piernas. Situados uno frente al otro, ella subió un pie sobre la cama, con la intención de que él la penetrara así, con una pierna abajo y otra flexionada y apoyada sobre el colchón.

Al entender que su dueña temporal estaba debilitada por el clímax, con una facilidad que sorprendió a Helena, el esclavo la levantó en vilo. El viaje a las alturas activó el instinto de supervivencia de Helena que, sin pensárselo, rodeó el cuello del esclavo con sus brazos.

La posición de jinete que Elena adoptó, con las piernas abiertas y flexionadas, amén de separar sus labios, dejó expuesta la vagina que, abierta cual rosada caverna, descendió poco a poco hacia el mástil que la esperaba.

El empalamiento resultante perduraría por siempre jamás en la memoria de Helena. El descenso de su pelvis sobre ese miembro pareció durar una eternidad. Una vez él metió su pene hasta la empuñadura, volvió a disfrutar de esa sensación de plenitud que experimentó cuando el joven la penetró la primera vez.

—Ahora empieza a moverte, esclavito bonito, o me quejaré con tu Ama.

Obediente y con una sonrisa cómplice, el chico puso sus manazas bajo sus nalgas, las apretó y usó como asideros para hacer saltar a Helena sobre su polla, ayudado por pequeños impulsos de su cadera que volvieron loca a su amazona. La acumulación de embates la llevó al paroxismo, a un nuevo orgasmo en esa postura y, como el chico no mostraba síntomas de cansancio y la hacía rebotar con cada estocada, le proporcionó una seguidilla de orgasmos casi sin pausa entre uno y otro. Helena agradeció a las diosas del multiorgasmo que la hubieran bendecido de manera abundante.

—Ahora quiero que me folles en perrito —pidió, preparada para bajar a tierra y después subir a la cama.

Pero su previsión no se cumplió. El esclavo la alzó, desenfundó su pene húmedo de dentro de su vagina, la giró en el aire para que le diera la espalda y la colocó sobre manos y rodillas en la cama.

Un instante después el enorme glánde volvió a abrirse camino para iniciar un ir y venir desde los labios vaginales hasta el cuello uterino.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Helena—. ¡Entiérramela hasta el fondo y no te muevas!

El chico, usando sus caderas como asidero, empujó todo lo que pudo y mantuvo la posición. Ella, mientras tanto, cerró los ojos, vació la mente y dejó que su vagina se convirtiera en el centro de su Universo. Si bien nunca había hecho algo así, ese viaje *in crescendo* fuera de su zona de confort le brindó un orgasmo cósmico, que hasta luces le hizo ver a pesar de tener los ojos cerrados.

Extenuada, bañada en su propio sudor y dejando caer un hilillo de humores vaginales de su coño, Helena se dejó caer boca abajo en la cama.

—¿Podemos entrar? —escuchó entre las tinieblas del éxtasis que aún la envolvían.

Varios minutos después, cuando por fin pudo moverse y articular un pensamiento coherente, se giró y buscó al esclavo que le habían prestado. Tenía intenciones de reclamar el premio que sus torturados testículos atesoraban. Pero cual no fue su sorpresa cuando vio a la pareja que le había birlado a Quimi al comienzo de la noche, arrodillados a los pies del joven, con sus bocas trenzadas sobre la polla inmensa, limpiando con sus lenguas la crema de su orgasmo vaginal y los humores de su mutua excitación. La enrojecida cara del esclavo fue señal inequívoca de que su prolongado tormento estaba a punto de llegar a su fin.

—¡Nooo! —gritó Helena, incorporándose de manera torpe.

El premio gordo, es decir, el caudaloso primer chorro de semen se lo atribuyó la recién llegada, que al sentir los gruñidos del chico puso su cara delante del glande. Lo primero que salió aterrizó en su mejilla y el resto en su boca. El segundo chorro, igual de contundente como el primero, entró de lleno en la boca del marido, gracias a que su mujer movió la polla hacia él como si de una manguera se tratara. El resto lo dirigió hacia sus tetas, a las que no les quedó ni un trocito de piel sin cubrir.

Desde la puerta un apretado grupo de mirones aplaudió. Helena no supo desde cuando estaban ahí y le dio igual. Lo que le importaba era que la pareja le había birlado esa leche que ella consideraba suya.

—¡Abran paso! ¡Abran paso!

La *dominatrix* entró y miró a Helena con cara de pocos amigos.

—Dame la llave.

Una vez la recibió, aplicó un vaso lleno de hielo en la polla del chico. En lo que se redujo lo suficiente, la atrapó en su pequeño sarcófago de acero, colocó el collar alrededor del cuello y, con la correa en la mano salió sin decir palabra, seguido por el sumiso hombretón que le lanzó a Helena una mirada de disculpa junto a un guiño pícaro que por fortuna la *dómina* no vio porque en esos momentos se abría paso sin miramientos entre los que se asomaban a la puerta.

—Oye, qué bien follas —le dijo a Helena uno de los espectadores.

Pero ella aún estaba procesando lo que pasaba a su alrededor. Al pie de la cama la pareja se morreaba como dos adolescentes, compartiendo la generosa ofrenda seminal del esclavo. En la puerta los mirones se marcharon en pos de más espectáculos. Todos menos uno, el que la había felicitado, un hombre joven, mas no tanto como los dos con los que había follado hasta ese momento. Helena calculó que estaría cerca de la treintena, con cuerpo delgado, definido, velludo sin exagerar, sexy barba de tres días y con una toalla en la cintura.

—Estarás muerta de calor, se te nota —el hombre hablaba con acento extraño—. Yo voy al jacuzzi, ¿Me acompañas?

* * *

Una idea cruzó la mente de Helena: se vio a sí misma habituada a lo que había hecho durante las últimas horas. Como si hubiese entrado en un mundo paralelo. Era increíble lo natural que se sentía andar completamente desnuda, salvo por la pulsera con el chip, junto a este hombre desconocido y tan atractivo, que llevaba una toalla en sus caderas que dejaban ver su torso tan bien tonificado y esa V de sus oblicuos que la volvía loca. Él la guiaba con sensual firmeza hacia la que sin duda sería otra sesión de sexo, la tercera en... ¿tres horas? Había perdido la noción del tiempo y le daba igual. Es más, no estar atenta a la agenda era toda una novedad,

una muy placentera novedad. Sobre todo si quien le rompía la rutina era un hombre de más de uno ochenta, con un cuerpo fabuloso y un rostro que podría protagonizar cualquier película de cine. De hecho era muy parecido al actor Franco Nero, con sus ojos azules, barba de tres días y cabello castaño abundante, que aparecía en las películas italianas de los años 60 y 70, a las que Rafael era tan aficionado. Recordar a su marido le hizo preguntarse dónde estaría. «Seguro mirando algún show», se dijo.

—*Salve!* —el hombre se detuvo junto a una azafata—. En uno de los reservados está la ropa de la *signora*. ¿Puedes recogérsela y llevarla al vestidor?

—¿Señora? —preguntó Helena con mirada pícara.

El hombre la miró de arriba abajo. Luego le dio una vuelta e hizo lo mismo por detrás. Una vez la volvió a tener frente a sí, dijo:

—Por lo que veo habría debido decir *signorina*, pero este *anello*...

El hombre señaló su alianza.

El desvergonzado, ocurrente y muy galante piropo la puso tan caliente, que se le habría lanzado encima allí mismo, de no estar en un pasillo muy transitado.

—*Buona sera! Tutto bene?* —escucharon Helena y el que ella había apodado *el guapo*—. Las palabras fueron dichas por Cassandra, que seguía igual de fresca, bella y etérea como al principio.

—Benísimo, benísimo —contestó Helena en un rapto de italianidad poco conseguido.

—Así que optasteis por ir cada uno por su cuenta en vuestra noche inaugural —Cassandra miró a Helena y calculó que iría por su segundo o tercer polvo de la noche.

—Sí, nos concedimos una noche libre con licencia para follar —Helena estaba exultante y hablaba sin soltar a su guapo—. Mi marido es más de mirar, como en casa con su ordenador. Yo no.

Cassandra y el guapo intercambiaron miradas. La dueña del FyG decidió cambiar de tema.

—Rodolfo, ¿cómo va el jacuzzi? Hace un rato no había ni un alfiler.

—El sistema de rebosado aguantó bien, no te preocupes. Lo del local de Cape D'Adge no ocurrirá aquí, pierde cuidado. Aún así voy a darme una vuelta, con mi nueva asistente —el guapo se llevó la mano de Helena a la boca y la besó.

El galante gesto le aflojó las piernas a la española aunque, al mismo tiempo, le endureció los pezones y el clitoris.

Al separarse de Cassandra, la española preguntó:

—Así que te llamas Rodolfo y veo que eres italiano como Cassandra. ¿Trabajas aquí?

El guapo reemprendió el camino guiándola con decisión.

—No, no. Soy un... No sé la palabra... *Sono un fornitore*.

Aunque a Helena la palabra le sonó a fornicador -cosa que no ponía en duda- supuso que no era lo que quería decir. Tras pensar un momento, dijo:

—¿Proveedor?

—*Ecco!* Soy el *provedore* de los jacuzzis de los locales de Cassandra. Asisto a cada inauguración.

—Y de paso disfrutas de las parejas o las chicas solas...

—Cosa que aún no he hecho.

El italiano se detuvo en un pasillo, asió a Helena de ambas muñecas y la apoyó contra una de las paredes mientras la cubría con su cuerpo. Ella sintió el vello masculino rozar deliciosamente sobre sus pezones erectos. Entreabrió la boca ante la excitante sensación y Rodolfo aprovechó para besarla. El beso fue sensual y provocativo, como él. A medida que la

besaba, las manos fuertes y callosas recorrieron su piel, despertando de nuevo la pasión en ella. Quería más. Quería todo lo que ese hombre le prometía con su boca exigente y su respiración acelerada mientras la sujetaba contra la pared. De pronto, en mitad de un beso que prometía el cielo, él se separó de ella, dejándola atribulada. Él respondió la pregunta que no salió de sus labios.

—Tengo que llevarte al jacuzzi o me correré como un adolescente de lo caliente que me tienes, *mia cara signora*.

Dicho esto, la tomó de la mano y emprendió el camino. El jacuzzi estaba solitario. Lo tendrían todo para ellos.

—¿Y tú llamas a esto jacuzzi? Aquí se podrían celebrar unas olimpiadas.

—*Bene*, no exageremos. Pero sí, es el más grande de todos los que le he instalado a Cassandra —el italiano se quitó la toalla y la colgó de una percha.

El lugar, con una iluminación un punto mayor que la media del FyG, permitió a Helena saciar la enorme curiosidad que sentía. Rodolfo tenía un miembro de campeonato. Grande, grueso y hermoso. Sintió que se le hacía agua la boca.

—Ven aquí —dijo él sonriendo—, hay que darse una ducha antes de entrar —el hombre se situó debajo de una alcachofa cuyo detector de infrarrojos activó una delicada cortina de agua.

La exigencia sobre higiene hizo dudar a la española. Las palabras de Cassandra resonaron en su mente: «¿cómo va el jacuzzi? Hace un rato no había ni un alfiler».

Helena se acercó al borde del agua y con el ceño fruncido dijo:

—Si hace un rato esto estaba petado, aquí flotará de todo, ¿no?

—¿Dónde sueles veranear? —Rodolfo entró en el jacuzzi por el extremo con perfil de gradas, como las de un estadio.

—Donde más vamos es al Algarve. A veces a Canarias.

—Y te metes en la piscina del hotel, ¿a que sí?

—Claro, piscina y mar, dependiendo.

—¿Y si te dijera que esas piscinas no le ganan en salubridad a esta?

La mujer lo miró dubitativa.

—Detrás de esa puerta está una maquinaria limpiadora. Solo diez minutos bastan para hacer pasar toda *questa acqua* por los filtros y el sistema ultravioleta. Si no, *cara ragazza*, no estaría aquí, esperando por ti.

Cara ragazza; signorina; besos en la mano; magreo contra una pared... Helena volvió a acallar sus pensamientos; se lanzó al agua de cabeza; la atravesó sumergida; emergió delante de Rodolfo y se trenzó en un abrazo con beso incluido.

—Joder, Rodolfo, que bello eres. ¿Qué edad tienes?

—Mañana cumpliré treinta —respondió él, sentado en una de las gradas, la que le dejaba cuello y cabeza fuera del agua.

—¡Bien! Todavía eres un veinteañero...

La conversación se intercalaba con besos y caricias, que ya habían llegado a senos, nalgas, polla y coño en una muy placentera falta de orden.

—*Signora cerca ventenni. Sembra un annuncio d'Internet*.

—¿Qué dijiste? ¿Te burlas de tu señora? ¿Te gusta ser malo? —Helena acompañó el reclamo con fingidos pucheros.

—Decía que, por lo visto, eres una deliciosa mujer que busca jóvenes, ¿me equivoco?

—Más específicamente veinteañeros, señor piscinero.

Helena asió el miembro de Rodolfo. Aprovechando la ingravidez del agua y con sus brazos

alrededor de su cuello, la mujer elevó su cintura y la dejó flotar hacia abajo, hacia unos labios vaginales que con desespero esperaban ser atravesados por la endurecida polla.

Los primeros centímetros de penetración no fueron fáciles. Helena quiso apurar, deseosa de tenerlo todo dentro. Rodolfo, en su rol de experimentado fornicador acuático, la calmó y ayudó, guiándola para que con sus propias manos se abriera los labios vaginales.

—*L'acqua* seca coños y pollas. Hay que tener paciencia, *signora*.

Una vez acoplados por completo, se abrazaron con fuerza y continuaron su pícara conversación.

—¿Y si tuviera treinta, *mia cara signora*...? ¡Vaya! Aún no me has dicho cómo te llamas.

—Mi nombre ha comenzado guerras antiguas. Es mejor no decirlo. ¿Me invento uno nuevo?

—Yo vivo el momento, sin expectativas de ninguna clase. Si no te importa, me gustaría el nombre verdadero. Si no, prefiero seguirte llamando *mia cara signora*.

Helena, sentada a horcajadas sobre Rodolfo, bajó lo más que pudo la cadera. Las bellas palabras susurradas al oído junto a ese potente pene que sentía muy hondo dentro de sí, la llevaron a un clímax intenso, pero también sereno.

Un orgasmo muy, muy distinto.

Un prolongado beso terminó de calmar a Helena. Al concluir, se echó para atrás un poco, para contemplar a su precioso amante.

—Me llamo Helena. Y si tuvieras treinta te follaría igual. O cuarenta, o cincuenta, eres un primor y lo seguirás siendo.

—Eso no puedes saberlo.

—Sí, porque a eso me dedico, a calar a la gente.

La mujer se separó y nadó hasta el otro extremo del jacuzzi. Se sentía libre, sin lastre, ligera. Era como si hubiera sido abducida por alienígenas y estuviera en el planeta del disfrute infinito, sin obligación alguna.

Al regresar a las gradas subió dos peldaños con respecto a las que usaba el italiano como asiento. Después de apoyar manos y rodillas, puso el culo en pompa y dijo:

—Ahora fóllame como una bestia, *caro Rodolfo*.

El italiano no obedeció de inmediato. Primero se tomó un tiempo para pasar boca y lengua por su vagina y culo. La mujer no daba crédito. Jamás había pensado en ello, pero esa noche era la segunda vez que le comían el culo, algo que le provocaba sensaciones indescriptibles. Se moría por que la follara, pero por otra parte no quería que lo que sentía en culo, vagina y clitoris acabara.

La lengua masculina unida a la sensación de sus pezones y aureolas arando la superficie -el agua le llegaba a los codos y muslos- la hicieron correrse de nuevo. ¿Cómo era posible? De pronto Helena entendió lo dañina que era la rutina, su sexo estaba, si no muerto, en terapia intensiva. Unas tetas colgando al ras del agua podían marcar gran diferencia. Algo tan sencillo como eso...

—¡Fóllame Rodolfo!

El coño fuera del agua y la humedad vaginal fruto de la reciente corrida hicieron que la penetración fuera asunto de colocar el glande entre los labios y empujar sin mayor esfuerzo.

El italiano, cogidas las voluptuosas caderas de la española, imprimió un ritmo endiablado que involucraba sus brazos -que tiraban de ella hacia atrás-; sus piernas y culo -que empujaban hacia delante- y su pelvis, que daba el toque de gracia, borrando toda traza de machaque mecánico.

El arte amatorio de Rodolfo era propio de una escuela florentina.

—*Dove vuoi che finisca, Élena?*

Ella no entendió la pregunta, salvo su nombre dicho de manera extraña. La dificultad con la que su bello amante habló le hizo comprender que estaba a punto de correrse.

—Ni se te ocurra parar, Rodolfo. Dámelo todo. ¡Dámela toda, *bambino* mío!

Su orgasmo no llegó después de eso. El chico logró mantener a raya a sus redondos y contundentes testículos, concediendo a Helena más minutos de placer, que se vieron intensificados cuando, cambiando de punto de agarre, el italiano bajó el torso y se asió de sus tetas.

El ir y el venir del hombre sobre la mujer revolvían el agua entre y debajo de ellos. Las tetas, sujetadas con firmeza en su base y acariciadas por el agua en sus extremos, pasaron a ser el centro de su disfrute. Sorprendida por lo que experimentaba, Helena tuvo un orgasmo en los senos. El temblor incontrolado que vino a continuación fue aprovechado por Rodolfo que cambió de asidero colocando una mano en su cadera y enredando los dedos de la otra en su rubia y empapada cabellera.

El italiano estaba cabalgando a Helena, literalmente.

—¡Sí! ¡Sí! —gritó ella cuando un tsunami de placer la embistió.

El tirón en sus cabellos y los dedos clavados en su cadera fueron señal inequívoca de que Rodolfo también había alcanzado la cima y que, con el cuerpo inmóvil y tenso, le inyectaba toda su masculina carga.

Dos largos minutos necesitaron para separarse y sentarse en las gradas, con el agua por la cintura.

—¡Ah caramba! —dijo Helena con la mirada en su propia entrepierna, cuyo perfilado Monte de Venus ondulaba por efecto de la aún revuelta superficie.

Al seguir la dirección de la mirada, Rodolfo vio como, de entre los abiertos e hinchados labios vaginales, manaba un serpenteante hilo de semen.

—Tus máquinas tendrán mucho trabajo para destruir esto —dijo ella.

—Están diseñadas para eso y más.

Rodolfo se acercó y le metió un dedo en la vagina. La mujer se dejó hacer. El italiano hurgó dentro de ella y, después de sacar un blanco grumo, lo llevó hasta el clítoris y lo masajeó con delicadeza extrema.

Helena echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Había sido la jornada más extraña de su vida. Tras un difícil día ella había llegado a casa con ganas de un simple polvo terapéutico. Pero luego, sin saber bien cómo había ocurrido, había tenido una seguidilla de novedosos orgasmos, incluyendo ese que el fantástico Roberto le estaba a punto de procurar, un orgasmo postcoital amable, una vuelta a los inicios de esa frenética noche.

Sus suaves gemidos coincidieron con el también delicado orgasmo, perfecto para recomponerla y reconectarla consigo misma. Y con su realidad, de la que Rafael era parte importante.

* * *

Helena y Rodolfo se enjabonaron uno al otro usando el gel de los dispensadores adosados a las paredes de las duchas del jacuzzi. Él exploró con su espumosa mano el cuerpo de ella y ella devolvió el gesto. Ambos incluyeron sus partes íntimas en un acto de confianza marcada por una complicidad que iba más allá del sexo puro y duro.

—Por cierto, si *Élena* era como tú, creo que los griegos hicieron muy bien en comenzar la

guerra.

Ella sonrió complacida.

—Oye, Rodolfo, de más está suponer que tienes mucha experiencia en este mundillo.

—Pues sí, me estrené con el primer local de Cassandra. Mi padre rechazó la petición de instalar un jacuzzi en lo que para él era un antro de perdición. Pero como la mujer estaba dispuesta a pagar lo que fuera ya que nadie en Sicilia quería atenderla, me asignó el trabajo. Ahora mi padre está jubilado y yo me he convertido en el mejor *fornitore* de jacuzzis para locales *swingers*.

—¡Pobrecillo! El trabajo te estará matando —Helena enjabonó por tercera vez el culo del italiano. El duro culo del italiano.

—¿A qué viene lo de la experiencia, *Élena*? —desde que había sabido su nombre, Rodolfo usaba la versión italiana de Helena.

Su nombre en boca de Rodolfo la hizo sentirse como cuando hablaron con Cassandra. Sus piernas volvieron a flaquear. Ese tío la podía derretir con manos, boca, polla o palabras. Pero no era cuestión de matarlo a polvos, al menos no en ese momento. Se le había metido una idea en la cabeza y quería concretarla.

—Lo pregunto porque imagino que conocerás a mucha gente. De ser así, ¿te podría pedir un favor?

El italiano pasó una mano por la nuca de la española. Luego la subió, la enredó en sus cabellos y atrayéndola hacia sí, dijo antes de besarla:

—Tus deseos son órdenes, *Élena*.

* * *

El recorrido por los distintos ambientes del FyG le hizo recordar a Helena que lo que para ella era un alocado plan, a Rodolfo le había parecido una petición de lo más común, al menos en ese ambiente.

«¿Me ayudas a conseguir una chica para mi marido? El pobre seguirá deambulando por ahí, asomado en las puertas de los reservados sin comerse un rosco».

Unas pocas preguntas del italiano le dieron indicios suficientes sobre qué hacer.

«Tengo una amiga muy *giovane* a la que le enloquece follar primerizos. Aún más si son maduros. La vi cuando Cassandra cortó la cinta en la inauguración, no sé si aún estará aquí. Estaba con su novio, pero eso no es impedimento alguno».

Entre las averiguaciones de Rodolfo, hubo una que le pareció ridícula:

«Oye, *Élena*, ¿estás segura que tu marido ya no se estrenó con alguien?» «En el escenario principal llegué a ver a un hombre en forma rodeado de mujeres, ¿no sería él?».

«Absolutamente no» Había respondido Helena, enfática. «Es el hombre más apagado que puedas imaginar».

* * *

—¡Rodolfo!... ¡Rodolfito! —exclamaron desde uno de los divanes del salón principal—. No nos has hecho ni puto caso, estos tres coños claman por ti.

—*Buona sera ragazze!*

El italiano se detuvo ante las tres *cougars*, que sin pudor alguno se habían subido los vestidos de tubo y abierto las piernas, dejando ver tres pares de carnosos muslos coronados por sexos depilados y no muy usados esa noche.

Al ver a Helena, la *cougar* morena le dijo:

—Veo que no me hiciste caso, en vez de estrenarte con tu hombre, lo abandonaste y te lo montaste con nuestro *bello bambino*.

La pulla no dejó indiferente a Helena.

—Con mi marido decidimos darnos unas vacaciones en el local, que yo he aprovechado estando con Rodolfo y otros dos afortunados —respondió acariciándose el coño con delicadeza y haciendo un gesto como si lo tuviera dolorido.

—*Ci vediamo, ragazze!* Hasta más tarde —interrumpió él tomando de la mano a Helena para continuar su camino, consciente de los témpanos de hielo que se habían formado entre las dos mujeres.

Las *cougars* intercambiaron miradas. Acto seguido se bajaron los vestidos y miraron a Rodolfo alejarse con la suertuda novata.

* * *

La intermediación de Rodolfo no pudo ser mejor. El guapo italiano logró ponerla en contacto con una amiga suya muy menuda, de su misma edad, madrileña y muy atractiva que a esa altura de la noche estaba desnuda, como muchos en el FyG.

Al conocer el plan no se lo pensó «hace mucho que no desvirgo a un cervatillo. Imagino que ya tendrá los cuernos, viéndote así de encoñada con Rodolfo, ¿no?».

Cuernos... Helena no se lo había planteado en esos términos. En su fuero interno rechazó la observación, porque ella no estaba allí escondida de Rafael. Pero no era el caso de polemizar con la chica que podía darle una alegría a su marido, para que él también regresara satisfecho a casa.

Cogidas de la mano como dos colegialas, la mujer madura y la joven recorrieron, desnudas, el inmenso local. Helena buscaba a su marido entre los mirones asomados a mazmorras, escenarios, el karaoke, los *glory holes* y, por último, a los que estaban asomados a las puertas de los reservados. En el último de ellos el sonido de una voz familiar indicó que por fin lo había encontrado:

—Tienes el coño más estrecho de los que he probado esta noche.

Helena tuvo que empujar y dar codazos para poder atravesar el grupo de mirones del reservado.

Tras ella entró la madrileña. Al ver a Rafael que, arrodillado sobre la cama le metía y sacaba la polla a una mujer en sus cuarenta apoyada sobre manos y rodillas, preguntó:

—¿Y este es el que quieres que desvirgue? Veo que no estás muy enterada de quién es tu marido, tía. ¡Me voy!

—¡Eh! —una mujer de las que estaba en la puerta señaló a Helena—. No te cueles, que la que sigue soy yo.

—Y después yo.

—Y luego yo.

Helena las ignoró, concentrada en lo que sucedía en la cama. Rafael cabalgaba a la mujer madura tal y como la habían cabalgado a ella pocos minutos antes. La mujer, cuyos kilos de más y su ropa a medio quitar le daban un toque sexy, recibía embates de cadera de Rafael al tiempo que gemía y gritaba como una gata en celo. A su lado un hombre le acariciaba los senos. Se notaba que era el marido, que la acompañaba y se solidarizaba con el disfrute de su pareja.

—Tranquilas, chicas, que hay para todas. Esta es mi esposa —Rafael sacó su polla de la mujer—. Ven cariño, ¿por qué no follas con su marido? Así hacemos un intercambio completo.

Una de las mujeres del quicio miró de arriba a abajo a Helena y dijo:

—Jo tía, que suerte tienes. Estar casada con alguien que no se corre y siempre la tiene dura.

—Ni las strippers lograron sacarle la leche —dijo otra—. En el bar abrieron una porra sobre quién será la que lo ordeñe.

Helena quedó boquiabierta. ¿Qué no se corría? ¡Pero si cuando follaban no duraba ni dos telediarios! Todos eran rapiditos o terapéuticos. Llevaban años con un aburridísimo sexo de mantenimiento.

Cuando folló con Rodolfo sintió la necesidad de reconectar con Rafael, pero no de esa manera. Confundida, se acercó a la cama y se sentó. El marido de la otra se acercó, dispuesto a no desaprovechar la inesperada y agradable oportunidad.

Helena se dejó hacer. El hombre era tan atractivo como su mujer, era de su quinta y acariciaba bien. Lo que no aceptó fueron besos, manteniendo siempre una posición en la que pudiera ver bien a Rafael.

Después de la postura de perrito, su esposo giró a la chica y la colocó sobre su espalda. Luego, tomándola con fuerza de las caderas, la atrajo hacia sí, le abrió las piernas y, después de hacer que su polla jugara un rato con los carnosos y velludos labios vaginales, la volvió a insertar hasta los testículos.

La escena fue otra sorpresa para Helena. El miembro de su marido estaba enorme, duro y cabezón. No es que nunca lo hubiera visto así, el punto era que hacía tanto que no alcanzaba ese grado de erección que esa estampa había caído en el olvido. En los últimos años sus erecciones eran normales y a malas penas cumplidoras.

—¿Te la puedo meter? —escuchó Helena.

Sin contestar se puso de pie al borde de la cama, bajó el torso hasta apoyar las manos y abrió las piernas, ofreciendo su aún abultado coño. El hombre se la metió por detrás sin mucha gracia y comenzó a machacarla.

Mientras tanto, al otro lado de la cama, un popurrí de gritos y jadeos descomunales señalaron un orgasmo.

—¡Listo! Se corrió, ahora me toca a mí —dijo una mujer, la que le había reclamado a Helena para que no se saltara la fila.

—No, no, todavía no me he corrido —mintió la que tenía a Rafael aún entre sus brazos.

—Vamos nena, ya sabes las reglas. Tienes que dejar el campo libre a las demás.

Helena se levantó y se separó del que la estaba follando. No quería estar con ese hombre. Lo que deseaba era ir al bar, tomarse algo con Rafael y, por qué no, conversar sobre lo que habían vivido.

—A ver, ¿a quién le toca? —preguntó el rey del reservado.

Helena reprimió un intenso deseo de gritar que era su turno, pero no le pareció ni justo ni apropiado. Ella había estado follando toda la noche. Rafael tenía derecho a hacer lo mismo... Aunque tampoco era lo mismo. Ella no estuvo pavoneándose ni haciendo competiciones... Todo esto era muy raro. Cuando la pareja desalojó el reservado, Helena se sentó al borde de la cama en cuyo centro Rafael esperaba cual jeque en un harem.

La afortunada era una mujer enorme. De proporciones y curvas perfectas, pero todo más grande de lo normal. De pelo tan rubio que parecía oro blanco. Era como una vikinga. Tal vez fuera deportista o entrenadora, especuló la ejecutiva.

La cara de Rafael parecía la de un niño dentro de una tienda de chuches. A un cierto punto sus ojos se cruzaron con los de Helena. Las chiribitas que lanzaban fueron como chispas que produjeron pequeñas quemaduras en su orgullo. Pero, ¿qué podía hacer? ¿Cogerlo de la mano y sacarlo de ahí?

Helena forzó una sonrisa, que solo salió a medias. Mientras Rafael y la del pelo de oro blanco se trenzaban en una exploración de sus respectivos sexos, el marido de la vikinga se sentó detrás de Helena.

El tipo también era grandísimo y con una traca enorme, dura y con vello púbico tan rubio como su pelo.

«A lo hecho, pecho» se dijo Helena, con la extraña sensación de haber creado un monstruo.

* * *

Con la vikinga acostada boca arriba, Helena vio como Rafael abrazó sus muslos y plantó la boca en el anhelante coño de pelos claros. Deseosa de que él viera que ella también sabía pasársela bien, Helena se sentó en el borde de la cama, tomó la mano del nórdico, y lo atrajo hacia ella, dejando su polla a la altura de su cara. Como las luces del reservado estaban casi todas encendidas, por primera vez en la noche la mujer pudo contemplar un miembro masculino con claridad. Todos los anteriores, cuatro hasta ese momento, los había visto entre penumbras o con agua de por medio. Pero ese podía verlo a plenitud. Y regodearse con el espectáculo.

Ya que estaba, antes de degustarlo, Helena echó un vistazo al hombre. Era aún más grande que el esclavo y -Helena se sorprendió reconociéndolo- los años le sentaban muy bien a ese cuerpo con pecho fornido, brazos fuertes y abdomen esculpido a fuerza de gimnasio.

Desde lo alto, el hombre bajó la cara. El cruce de miradas dejó claro su deseo de que besara, lamiera y chupara su miembro.

—Vale, vale, démosle mimitos —dijo Helena con un volumen de voz mayor de lo que la sensualidad recomendaba.

Helena miró de reojo a Rafael, que no la oyó o si lo hizo no le importó. El hombre estaba concentrado en follar con tres dedos la vagina más grande de las que había explorado esa noche.

Helena levantó ambas manos y con sus dedos índice y pulgar, tocó las tetillas del nórdico, que respondió tensando los músculos del pecho. Luego, usando sus dedos, trazó un camino descendente que pasó sobre los abdominales y se detuvieron allí, en el lugar que más le gustaba del físico masculino, esas dos líneas oblicuas, el cinturón de Adonis, que estaban marcadísimos. Rafael también los tenía, le atraía mucho, de ahí que fuera tan exigente con esa zona. Alzando la vista, miró al nórdico directo a los ojos al tiempo que con pequeños besos recorrió el músculo izquierdo de la V. Luego hizo lo mismo con el otro. Al llegar a la ingle tenía la boca hecha agua, tanto por lo que veía, como por el sabor salado de su piel y el olor a hombre excitado y deseoso.

De la ingle Helena siguió su exploración y besó la punta del pene, recorriendo con la lengua la piel del tallo hasta llegar a los testículos. Los tenía rasurados. Cuando su lengua entró en contacto con la delgada, sensible y estirada piel del escroto, el estímulo los transformó. La piel se contrajo y adquirió una textura rizada. Llevada por la situación y siempre con ganas de que Rafael la mirara, Helena se metió primero uno y luego los dos testículos en la boca.

La sensación le gustó, sobre todo al escuchar el gruñido del hombre, que pareció invocar al mismísimo Odín. Con la boca aún llena Helena cogió el miembro con una mano. Lo notó duro y pulsante. Cuando apretó, movió su pulgar por la parte inferior del tallo desde la base hasta el glande. La maniobra provocó que de la hendidura brotara una inmensa gota transparente. Dispuesta a no perderla, liberó los testículos y la pescó con la punta de la lengua. El sabor salado de una nueva esencia masculina la excitó tanto que quiso más y lo quiso rápido. Sin más dilación movió su cabeza hacia delante, con la boca abierta. El pene entró casi completo hasta la garganta. El atisbo de una arcada la hizo volver al punto de inicio.

Calibrado el tamaño de la polla del fortachón, Helena atrapó con una mano su base, con la

otra los testículos y se entregó a la tarea de mover sus labios y boca en vaivén, recorriendo el rígido pene.

En el momento en el que Helena hizo una pausa para recobrar algo de aliento, miró hacia el otro lado de la cama. Rafael ya estaba en la siguiente fase, con las piernas de la vikinga alrededor de la cintura y él, acostado sobre ella, follándola con un ritmo frenético. En el tiempo que duró su descanso él no miró hacia ella ni un instante, solo tenía ojos para los enormes pechos de la rubia, que apretaba con un ímpetu y fuerza que parecía no molestar a la mujer. Es más, le daban un toque salvaje al escarceo, vistos los jadeos y gruñidos de ambos.

Un calor profundo brotó dentro de Helena, pero que no provenía de su vientre. Venía de un lugar más profundo, del mismo lugar en el que solía crecer su habitual mal humor. ¿Eran celos? Con un esfuerzo consciente prefirió no darle alas a ese sentimiento y concentrarse en el aquí y en el ahora. Y ya que estaba tan fuera de su zona de confort en el local liberal y con tantas parejas, decidió explorar por completo esa faceta de la sexualidad.

Con renovado empeño Helena retomó la felación, esta vez apretando más los labios alrededor del miembro y dejándolo llegar más a fondo, hasta rozar su garganta.

El nórdico comenzó a gemir.

Helena se sacó el miembro un segundo para decir:

—¡Vamos! Fóllame la boca. ¡Hasta el final!

De inmediato plantó ambas manos detrás de las nalgas del marido de la vikinga para ayudarlo en su ir y venir. Si bien transformar su boca en un estrecho coño se le había ocurrido más para pavonearse ante Rafael que por una fantasía propia, lo excitante de la nueva experiencia la sorprendió.

Para rematar la jugada solo debía seguir follando a ese hombretón con su boca y asegurarse de que, cuando se corriera, Rafael lo viera. Lo que haría en el momento de la blanca explosión, aún no lo había decidido.

Sus maquinaciones no llegaron a buen término. En el momento en el que el rostro del nórdico mostró un tono carmesí y sus músculos se tensaron, sin delicadeza alguna apartó a Helena, se acercó a su mujer, la arrancó del pene de Rafael y, después de ensartar su propia polla en la abierta, húmeda y dilatada vagina, retomó el paso con el que había estado follando la boca de Helena.

Treinta segundos después, nórdico y vikinga se fundían en un único y marital orgasmo.

Junto a ellos pero en lados distintos de la cama, Helena y Rafael miraron a la pareja y, después, se miraron el uno al otro, sin saber con certeza qué hacer a continuación.

* * *

El intercambio de miradas fue interrumpido cuando una de las mujeres que esperaba turno se subió a la cama y abrazó a Rafael. Helena reconoció en su marido el mismo gesto de disculpa que mostraba cuando entraba una llamada de trabajo y se levantaba de la mesa mientras cenaban. El esposo de la recién llegada también entró y se acercó a Helena, deseoso de completar un intercambio que daba por incluido en ese juego informal que se había creado en el FyG: adjudicarse el premio de hacer correr a ese anónimo héroe sexual. Aún aturdida por la velocidad de los acontecimientos, se dejó hacer. El hombre era delicado y hábil y ella disfrutó, pero sin llegar a los paroxismos alcanzados en los revolcones previos cuando estuvo por su cuenta.

La nueva mujer tampoco pudo doblegar el rígido y ya famoso aparato de Rafael, cuyo aspecto casero y velludo dejaba claro que era alguien que no se había preparado para asistir a un local de intercambio de parejas, esos grandes templos del hedonismo.

Al alcanzar el orgasmo establecido en el juego nacido horas antes en el escenario principal por una de las animadoras sexuales contratadas por Cassandra, la esposa se despidió de Helena felicitándola por tener a alguien así en su propia casa.

—Lo que daría yo por que este —la chica dio dos palmadas sobre el pecho de su hombre—, aguantara como aguanta el tuyo.

Helena pensó que su pareja no estaba tan mal. Era cierto que se había corrido sobre sí mismo mientras ella lo pajeaba acostado boca arriba, pero no la había follado mal.

El lugar vacante fue ocupado por una mujer con una belleza y garbo excepcional, que entró en el reservado ataviada con un pareo negro transparente. Tenía más o menos la misma edad de Helena pero un cuerpo más esbelto, con senos pequeños muy firmes y el sexo depilado, de labios estrechos y juntos, dando a su vagina una apariencia juvenil que, vista la reacción de Rafael, le produjo mucho morbo.

Helena rechazó al marido de la mujer atractiva. No porque no le gustara -era tan bello y elegante como su mujer-, sino porque había entrado en un estado de confusión en el que tampoco quería ahondar. Su indecisión la llevó a juntarse con los mirones que, a pesar de no ser tantos como antes, aún poblaban el quicio de la puerta.

Sin la distracción de tener que follar con el marido de turno, Helena pudo contemplar a un Rafael desconocido, activo, que llevaba la iniciativa y que no dejaba rincón femenino sin explorar.

Las evoluciones de los dos cuerpos fueron muy variadas. Helena notó en ambos un deseo intenso, de goce carnal genuino. Sabía que a él lo atraía esa mujer madura de inusual cuerpo juvenil e intuyó que ella veía en Rafael la encarnación del hombre atractivo y común, sin el artificio cosmopolita del guaperas con el que estaba casada, el mismo con el que ella no quiso tener sexo.

La última postura, aquella que presagiaba un cercano orgasmo femenino, dejó a la juvenil madura sentada de espaldas sobre Rafael. Los pies de él y los senos de ella apuntaban hacia los espectadores, entre los que se encontraba Helena, que miraba como si estuviera al final de un largo túnel. Todos menos ella asociaron los movimientos de cadera de la mujer con una vaquera de rodeo, versión con las tetas al aire de una domadora de caballos del *Far West*.

Los agudos gritos de la jineta reforzaron la analogía. Intercalados con sonoros jadeos, los cada vez más rápidos vaivenes de la cadera hicieron creer que, por fin, lograría ordeñar al *tío ese que no se corre*, que era como ya llamaban a Rafael. Por su parte él añadía leña al fuego propinando sonoras palmadas en su pequeño y redondo culo.

De pronto un temblor atenazó el cuerpo de la jineta. Con sus músculos vaginales oprimiendo el pene de Rafael con la fuerza de una boa constrictor, gritó:

—¡Me muero! ¡Me muero!

Junto a la puerta y con la espalda contra la pared, Helena sentía como si le faltara el aliento, no por solidaridad con el brutal orgasmo que acababa de presenciar. La presión en el pecho no le venía del sexo, sino de más arriba, de su corazón. Hasta ese momento todo lo que había dicho y hecho -sobre todo hecho- lo había regido su entrepierna. Era como si sus más bajos instintos hubieran asumido el control. Pero desde que entró en ese reservado algo había cambiado poco a poco, a medida que las mujeres disfrutaban con Rafael. Ahora su corazón se rebelaba, pidiendo ser escuchado. El problema se agravó cuando su yo racional, la Helena pragmática, aquella que tenía como hogar su mente, lanzó su dictamen:

«Sí, definitivamente estoy celosa. Muy celosa».

Helena se arrimó más contra la pared, tratando de quedar entre dos de los mirones. No quiso

escucharse, ni a su yo pragmático ni a su yo romántico, que no hablaba, pero que se manifestaba con su opresión en el pecho.

En la cama la jineta descabalgó y se tendió junto a Rafael, exhausta. Esperanzada miró el mástil donde había estado ensartada solo para descubrir que seguía intacto, húmedo pero no de semen, sino de sus propios humores vaginales, los mismos que le hacían brillar sus propios muslos.

Una vez logró incorporarse, se sentó y, con los ojos clavados en los de Rafael, susurró con expresión agradecida:

—Pídeme lo que quieras.

—¿Uh?

—Te quiero complacer ahora y aquí, en el FyG. Haré lo que tú pidas, sea lo que sea, ¿entiendes? Lo que sea.

Helena quiso apartar la mirada, pero no podía. Se sentía como atrapada en un cine con una película que no le gustaba. Y lo peor fue ver cómo el rostro de Rafael pasó de la sorpresa a la comprensión y, de ahí, a la lascivia.

«Tú nunca le has dicho eso» pensó Helena.

En la cama, Rafael barajó el mazo de sus fantasías y sacó una carta:

—¿Me puedo correr en tu boca?

Al no quedar en ese momento aspirantes a follarse a Rafael, los mirones intercambiaron miradas cómplices ante la expectativa de ver la muy esperada corrida. Todos menos Helena, que veía lo que ocurría como si flotara fuera de su cuerpo. Así fue como, desde un lugar indeterminado, se veía a sí misma con la mirada clavada en esa bella mujer que acarició el pene primero con sus cabellos, luego con los dedos, después con los labios y, por fin, con toda la boca. Junto a ella Rafael dejaba escapar unos gemidos guturales, provocados por algo casi inédito para él: una felación apasionada hecha con el único propósito de hacerle disfrutar.

La Helena etérea regresó consigo misma sin ganas de seguir viendo el espectáculo y, para más inri, sin ánimo de siquiera tantearse a sí misma, de prestar oídos a la Helena que quería estar en esa cama con su marido, ocupando el lugar de la mujer bella para compartir esa comunión sexual efímera que tanto atrae a aquellos que practican el estilo de vida *swinger*.

Ella debía ser la que estuviera en comunión con Rafael. Pero su orgullo se lo impidió. La Helena exitosa, la Helena ejecutiva jamás daba su brazo a torcer.

Cabizbaja y balbuceando que necesitaba aire, la Helena entristecida abandonó el reservado.

* * *

Después de pedir una toalla a la azafata que atendía la zona de los divanes, Helena se duchó y se envolvió en la toalla. Una vez cubierta su desnudez, deambuló sin rumbo, con la mirada de la mujer bella y los roncós gemidos de Rafael flotando a su alrededor.

El vagabundeo la llevó a un sitio desconocido, que no le habían mostrado en el tour: una sala de karaoke, ocupada por media docena de parejas, a todas luces amigos de larga data, que jugaban a quitarse prendas dependiendo de lo mal que cantaran una canción. Los hombres estaban casi desnudos. Ellas casi vestidas.

La oscuridad reinante le gustó, por lo que decidió sentarse en un apartado rincón. El lugar solo recibía luz de la pantalla que mostraba las letras de las canciones con su siempre presente punto saltarín pero, al contrario del karaoke en el que dio inicio a esa loca e inacabable noche, los fondos no eran de paisajes o rostros de cantantes, eran de motivos eróticos, algunos muy explícitos.

Después de rechazar dos invitaciones del grupo para que se les uniera, un camarero se acercó y la atendió. Un par de minutos después dejó en la mesilla frente a ella el rebujito solicitado.

El alboroto del grupo de cantantes le vino muy bien para ahuyentar el recuerdo de los gemidos de Rafael y la gustosa mirada con la que la bella mujer la vio mientras comía una polla que hasta ese día era solo de ella.

Delante del escenario los alegres cantores subieron las apuestas. Los errores pasaron a castigarse con puniciones subidas de tono. Parecía una versión moderna del juego de la botella, solo que con adultos en lugar de adolescentes.

La primera castigada fue obligada a besar a una amiga. Un beso con lengua, bien juntas. Al siguiente castigado le impusieron la misma punición, pero con la obligación de besar al marido de la primera castigada. La visión de los dos hombres trenzados en un lujurioso beso acaloró el aletargado sexo de Helena. El tintinear de los hielos de su bebida le dio la solución tanto al calor como al trajín de su coño. Después de pescar la piedra helada más grande, soltó la toalla y se pasó el hielo por su vulva. El primer contacto la hizo retraerse en el diván pero, una vez se acostumbró, el pequeñísimo témpano paseó por todos sus pliegues, aún hinchados por toda una noche de sexo.

Para mitigar la sed que sentía pidió agua. La llegada del camarero con la botella de cristal coincidió con un estallido de aplausos. Eran las mujeres que celebraban haberse proclamado vencedoras del erótico grupo de cantantes.

Como castigo a los perdedores, sus esposas los obligaron a liarse entre ellos, mientras ellas, sentadas unas junto a las otras, los miraban y se masturbaban, pero sin masajearse el clitoris propio, sino el de la que estaba a un lado.

Morbo, amistad, desparpajo, confianza... La complicidad de esa docena de personas la excitó casi tanto como ver pollas en bocas o en culos de otros hombres. Helena nunca había visto algo así y menos cuando uno de ellos se corrió en la boca de otro, orgasmo celebrado con grandes aplausos por las espectadoras y que a ella le recordó que entre las muchas pollas que había en ese momento en el FyG, una era esencial para ella: la de Rafael. El pensamiento de su leche corriendo por la comisura de los labios de la bella mujer le cortó el orgasmo que estaba a punto de alcanzar. Molesta, estrelló el hielo con el que se masturbaba contra el suelo enmoquetado, se recolocó la toalla por sobre los senos y se marchó del karaoke.

* * *

Por grande que fuera el FyG Helena no lograba dejar atrás el agobio que la perseguía. Harta de dar vueltas fue a los vestidores con la esperanza de encontrar a Rafael duchado, vestido y esperándola. Así podrían irse de ese extraño lugar, mezcla de infierno y paraíso.

Al no encontrarlo, se asomó fuera y preguntó por él a un hombre que parecía ser miembro del *staff*. El segurata encubierto, después de preguntar por su pinganillo, le respondió:

—*El tío que no se corre* sigue invicto en un reservado. En el bar principal llevan una porra. ¿Quiere apostar a quién de todas lo hará correrse, señora?

«¡Lo que me faltaba!» pensó Helena.

—No gracias —se limitó a decir y regresó al vestidor.

El chip de la pulsera de goma abrió la puerta de la taquilla nada más pasarla por el frente. Dentro estaban, colgados o doblados con mimo sus vestidos, aquellos que había dejado en quien sabe qué lugar, porque no lo recordaba ni tampoco quería hacerlo.

—¿Cuánto más va a tardar? ¿A qué hora cerrará este lugar? —susurró con el rostro metido

dentro de su taquilla.

Deseosa de retomar contacto con algo de su cotidianidad, cogió su teléfono y lo desbloqueó. De inmediato abrió su correo electrónico y revisó los encabezados de los mensajes. Por primera vez su bandeja de entrada no le interesaba y para colmo, el tema predominante seguía siendo el *affaire* de Cristina. Tenía la impresión de que hubiera ocurrido hacía un millón de años pero, en realidad, no habían pasado ni veinticuatro horas desde que se había enterado.

—¡Joder!

Helena apretó la boca. Los músculos de su rostro volvieron a su estado de siempre, el que le daba ese severo y atemorizador semblante que tan buenos resultados daba a la Corporación y que se traducía en el succulento sueldo que le pagaban.

—¡Joder! ¡Joder! —repitió, esta vez dando patadas a la taquilla inferior, cuya robustez impidió que se abollara.

Una notificación emergente apareció en la pantalla del móvil. De un manotazo cerró el correo electrónico y pinchó el aviso, proveniente de Google Fotos. Era una de esas imágenes del recuerdo que la aplicación mostraba cuando pasaban varios años de un acontecimiento.

Al cargarse y abrirse, a Helena se le nublaron los ojos: eran Rafael y ella, desayunando en bañador en la exquisita habitación de Bali, la misma que ella usó como telón de fondo en sus fantasías sexuales con hombres mucho más jóvenes que ella.

La sonriente y feliz pareja de la foto miró fijo a la Helena contemporánea quien, cubierta con una toalla, esperaba en completa soledad mientras su marido era devorado, casi literalmente, por una horda de mujeres.

Lo peor era que esa absurda situación la había provocado ella misma. Con rabia lanzó el móvil dentro y cerró la taquilla.

El lugar de la puerta fue ocupado por una mujer en sus treinta que la miraba con expresión ambigua. No supo si se solidarizaba con ella o si lo que buscaba era cotilleo. La mujer estaba vestida, siempre que se considerara ropa su microscópica falda a juego con un top del ancho de un cinturón.

—¿Mala noche? —la mirada de la recién llegada se paseó por sus hombros, la única piel que la toalla dejaba expuesta.

—La noche comenzó muy bien, pero luego se torció.

La mujer jugó sus cartas:

—Los hombres son así. Muy guais hasta que consiguen el coño que están buscando. Luego si te vi, no me acuerdo.

—No es el caso. No fue culpa de ningún hombre —Helena dio un paso hacia atrás.

La recién llegada sonrió y su malicia afloró.

—Entonces estás triste por una mujer... Eso tiene arreglo, chica.

La mujer se acercó y le acarició un hombro, dejando que su mano se deslizara hacia su seno. Después la miró a los ojos y se humedeció los labios.

—Eres muy guapa, ¿lo sabías? Puedo hacer que se te olvide cualquier problema que tengas con un hombre.

Helena detuvo las manos que estaban por soltar su toalla. La chica era muy atractiva, pero nunca le habían atraído las mujeres.

—Gracias por el halago, pero en estos momentos deseo estar sola.

—Tienes cara de necesitar hablar con alguien, o follar con alguien que te quite esa tristeza.

—No estoy triste —se defendió Helena con los ojos bañados en lágrimas.

—¿Entonces por qué estás llorando? En estos lugares se remueven muchas emociones,

cariño. Te dejo para que las proceses. Y tal como había aparecido, desapareció.

Al meterse bajo la ducha Helena se dio cuenta de que la chica tenía razón. Que ella recordara, jamás se había sentido tan perdida. Sus pensamientos giraban sin control. Su disciplina de ejecutiva le permitió darse cuenta de que no es que tuviera pensamientos incontrolados... ¡En realidad no articulaba ninguno! Lo que pasaba por su mente eran fragmentos de ideas; de vivencias; de sensaciones; de posturas sexuales; de páginas web pornográficas; de vídeos de ejecutivas guarras; de hombres desconocidos que se la follaban; de pollas con distinto sabor; de mujeres desconocidas que se la querían follar; de apuestas; de Rafael...

De pronto recordó a su marido mirándola con avidez en su boda, en los primeros años de matrimonio, en Bali, en tantos sitios, en realidad. Tal vez ella también había dejado de mirarlo con avidez. Hasta ahora.

La gran y caliente cortina de agua aflojó sus tensos músculos. Una profunda inspiración le permitió calmarse, reconectar con sus recuerdos y concentrarse en esos sentimientos en una suerte de mantra que exorcizó al Rafael de los últimos meses, de las últimas horas y dejar en su lugar al Rafael cómplice, su amante divertido, su compañero de siempre, ese que ahora añoraba con locura.

Sintiéndose más serena, al salir de la ducha Helena susurró:

—Lo extraño y lo amo.

Decidida, se envolvió en su albornoz, dejó atrás los vestidores con paso firme y con un único pensamiento retumbando en su cabeza:

«Rafael es mío, no de esas zorras».

* * *

Para lograr grandes contratos su Corporación acostumbraba imbuirse de la esencia de lo que estuviera en juego. Si se trataba de un negocio millonario en Japón, los ejecutivos actuaban como japoneses. Si era un convenio ecologista, la Corporación se volvía más verde que Greenpeace. Con esa costumbre arraigada en ella Helena pensó que, si quería reconquistar a su hombre en ese ambiente de morbo y sensualidad, debía jugar con las mismas cartas.

Así como la Corporación contactaba especialistas para ciertos negocios, Helena entendió que en el FyG la más indicada para ayudarla era Cassandra.

La dueña estaba allí donde ella intuyó que debía estar: el Gran Atrio, el lugar en el que convergían el bar más grande, la zona de divanes y el escenario principal. La mujer, que seguía con la blanca túnica tan impecable como al principio de la noche, escuchaba con atención lo que el encargado del bar le decía al oído.

Finalizado el reporte, Cassandra la miró alzando una ceja.

—Helena, ¿no? —preguntó. Su voz sonó neutra y diligente.

—Sí. Te quería comentar algo...

La ejecutiva titubeó. Una cosa era ayudar en la planificación para la instalación de todas las plantas depuradoras de un país y otra muy distinta hablar sobre un marido que era el centro de un maratón orgiástico.

Helena inspiró hondo y resumió la situación, consciente de que Cassandra no estaba allí pasando el rato sino en su rol de gestora de la mayor cadena de locales de intercambios de parejas de Europa, en el estresante día del nacimiento de su última criatura.

—En fin, quería pedirte ayuda para..., para recuperar a mi hombre —concluyó, en voz muy baja.

—¿Algo de lo sucedido ocurrió en contra de su voluntad o de la tuya? —preguntó.

—Eh... No, ha sido una extraña evolución de los acontecimientos —Helena cerró más su albornoz.

La italiana, señorial y bella como una estatua griega, la miró con rostro inexpresivo.

—Entonces el FyG no tiene nada que hacer en este caso.

Helena se quedó de piedra. Sintió ganas de pellizcarse para despertar de lo que a todas luces parecía un sueño. O una pesadilla, pues en eso se convirtió el tajante rechazo de la italiana, sobre todo después de plantear algo tan íntimo.

—Disculpa —Helena se irguió y enganchó un mechón de pelo detrás de la oreja—, cuando llegamos dijiste que estabas a disposición de tus clientes.

Esta vez la que echó los hombros hacia atrás fue la italiana. A Helena le pareció la encarnación de Atenea, la diosa griega de la sabiduría, los oficios y, también, de la guerra.

—Eso fue antes de que me dijeras, y cito textualmente, *¡no me dé instrucciones para follar, señora!*

En esta ocasión le recordó a Medusa. Un amargo sentir brotó en su interior: vergüenza. Las intensas y personales vivencias de esa noche habían hecho mella en esa caja fuerte donde mantenía sentimientos tales como la empatía; la generosidad o, como en este caso, la vergüenza y el arrepentimiento.

Helena no recordaba la última vez que había sido invadida por sentimientos de ese tipo. Tal vez durante los continuos rapapolvos que su encorsetada madre le hacía de niña, al menos hasta que aprendió a sepultarlos bajo una cada vez más gruesa coraza, aquella que, endurecida por completo en la adultez, le había ayudado a triunfar en el mundo de la alta empresa.

Las cosas no podían ir a peor. ¿Qué debía hacer? ¿Ir donde su marido así, en albornoz y pedirle que se fueran? La escena le pareció patética a más no poder.

Rechazando la invitación a marcharse que el lenguaje corporal de Cassandra le había hecho, Helena tomó aire y, hablando despacio, dijo:

—Fui una grosera y una borde... Cuando entré aquí creía ser la leona más fiera de la jungla. Pero... —la ejecutiva suspiró y se hundió de hombros—, ahora me siento como la mona de un organillero.

La dueña del FyG dejó de mirarla con los ojos entornados. Sus años de experiencia en lugares donde se rompían tabúes y se traspasaban líneas rojas sociales la habían dotado de la facultad de desnudar a las personas, pero no en lo físico, sino en lo espiritual. Cassandra entendió que la mujer que tenía frente a sí había decidido, en ese momento, bajar alguna clase de puente levadizo que siempre había estado izado. Hacía varios años había estado en una situación parecida. Pero en aquella ocasión había decidido no ayudar. Por ese entonces se regía por un estricto decálogo creado por ella misma para distanciarse emocionalmente de sus clientes. El fantasma de varias relaciones rotas y no pocas vidas arruinadas se acodó en la barra, recordándole el riesgo que conllevaba la ruptura de los convencionalismos sociales que se llevaban a cabo en sitios como el FyG.

La italiana sintió pena por la española. Soltó una profunda exhalación que espantó al fantasma de ese pasado y dijo:

—*Bene Élena*, me has convencido. Sígueme, te ayudaré a reconquistar al *tuo uomo*.

* * *

Caminar hacia el hall de entrada confundió a Helena.

—¿A dónde vamos? Creí que me ibas a dar consejos o decirme qué puedo hacer.

—Vamos a la Sex Shop, ¿o es que piensas arrancar a tu marido de las fauces de esas lobas vestida de blanca oveja?

Al entrar a la tienda, Cassandra le dijo a la encargada que se tomara un descanso. Las dos mujeres quedaron rodeadas de exhibidores de cristal con todo tipo de juguetes y accesorios junto a varios maniqués vestidos con los atuendos fetichistas más comunes.

—Veamos... ¿Qué te gusta?

—¿A mí?

—Claro, a ti. Aunque también vale algo que le guste a tu marido. Si os gusta a ambos, mejor que mejor.

Helena se cerró aún más la bata.

—¿Mojigatería a esta altura del partido? No creo que fueras tan reservada con nuestro querido amigo común, Rodolfo. Ni con los otros. Te vi muy desenvuelta al principio de la noche.

—Sí, pero esos hombres eran desconocidos. De eso va esto, ¿no? De desmelenarse sin consecuencias. En cambio Rafael es mi marido. Es distinto.

Lo distinto, lo diverso, lo inusual, lo prohibido... Esas y otras palabras similares eran el quid del modo de vida *swinger*, de todos aquellos que se sumergían en las cálidas aunque a veces revueltas aguas del mundo liberal. Cassandra lo tenía claro, Tanto dominaba los intrínquilis de ese mundillo que había amasado una fortuna explotándolos.

La que no lo tenía claro era Helena. Cassandra no la culpó, al fin y al cabo era una novata cuyo primer día había tenido un magnífico comienzo y un desastroso desarrollo. Había que ayudarla para que tuviera un final feliz.

La italiana probó otra aproximación.

—Me has dicho que quieres saber qué hacer. Creo que tienes dos opciones, ir así, con tu disfraz de oveja y plantarte frente a tu marido y su manada de lobas. La otra opción es que te conviertas en loba... La loba con los colmillos más largos de esta noche.

Las manos de Helena dejaron de aferrar los bordes del albornoz.

—Vamos, escoge uno de estos atuendos, te lo pones, buscas a tu marido y lo llevas a un reservado y te cierras por dentro.

Helena miró a Cassandra. Luego paseó la vista por la bien surtida tienda.

—No estoy segura qué le puede gustar.

Cassandra bufó. Se dijo que parecía mentira lo poco cómplices que podían ser los matrimonios en cuestión de sexo.

—¿No tienes una idea? ¿Ni siquiera una pista? ¿Le gusta jugar a los doctores?

La italiana se colocó detrás de un maniquí vestido como enfermera sexy. Luego cogió una fusta colgada de una pared y la estrelló contra el trasero de un maniquí con un vestido hecho de tiras de cuero y cadenas.

—¿Le va el sadomaso?

—¿Ah?

La cara de tonta de Helena casi le arranca una carcajada a la italiana. Pero se contuvo. No era el caso...

—¿Le gustan los hombres? —La dueña del FyG cogió un arnés negro del que sobresalía una polla grande y gruesa, con testículos y todo—. Tal vez si te presentas con esto, lo vuelvas loco.

El exabrupto de Cassandra fue como un calambrazo para Helena que le reactivó las neuronas. De pronto su mente recordó las pestañas abiertas de su portátil.

—Pues sí que tengo una pista, esta tarde descubrí con qué porno se masturba.

—*Bene!... Benissimo!* Vamos *Élena*, cuéntame más.

* * *

—¡No! ¡No! Las bragas van por encima del ligero.

Sin ningún tapujo Cassandra desenganchó los cuatro broches que sujetaban las negras medias y le bajó el tanga semitransparente.

—Te dije que te vistieras delante de mí, no en el vestidor. Vamos, engánchate las medias y ponte esto de último —la italiana le devolvió el tanga.

Un minuto después Helena se miraba al espejo. Junto a su reflejo estaba Cassandra, mirándola con el mismo semblante con el que ella hostigaba a los candidatos a un cargo en la Corporación.

—De directora de Recursos Humanos a actriz porno en una noche.

—Hay que ser versátil en esta vida. Has elegido el modelo más popular. De hecho solo queda este. Es un clásico, no hay hombre que no se ponga... ¿Cómo decís aquí?... ¡Ah! —Cassandra rió—. Este conjunto pone a los hombres palote.

Helena se giró para verse por detrás. El corsé negro, las medias y las dos ligas que bajaban por sus nalgas enmarcaban su bien torneado culo. También miró como las tetas trataban de derramarse por encima del sujetador integrado en el corsé. Más abajo su sexo quedaba parcialmente oculto tras el semitransparente tanga de encaje.

Cuando se imaginó delante de Rafael vestida así, su mente la situó no en el FyG, sino en su propia casa, el rutinario escenario que apaciguó un sexo que había sido muy apasionado tiempo atrás.

—¡Ni de coña! Esto es muy mala idea —Helena caminó hacia el vestidor.

La italiana volvió a echar mano de la fusta para estrellarla con mucha más fuerza sobre un mostrador.

—*Andiamo! Ma che cazzo dici?*

Helena se detuvo sobresaltada. Aunque no entendió las palabras, supo qué querían decir.

—Es que nunca he hecho esto.

—¿Y follarte a varios tíos en una noche, sí?

Helena entendió el punto. Le vino a la mente uno de los mantras de la Corporación: «si quieres resultados distintos, haz algo distinto». De nuevo ante el espejo, se contempló a sí misma. Una vez logró hacer de lado los prejuicios, pudo ver que ante sí estaba una mujer madura y brutalmente sexy, parecida a las que había visto en el ordenador de su marido.

—Vale, lo intentaré.

Cassandra descolgó un teléfono y marcó un número.

—Programa la pulsera de la *ragazza* con la que estoy para que tenga acceso a uno de los reservados VIP —La italiana guiñó un ojo a la española—. ¿Ya está? *Benissimo!*

—Bien *Élena*, ahora toca buscar a tu marido y hacer que te siga hasta el Gran Atrio. La pared del fondo no es una pared. En ella hay puertas que no se notan y dan acceso a tres reservados especiales. Cuando pases frente a ella, se abrirá una. Ese será el nido en el que recuperarás a tu *amore*.

* * *

La sexy y potente Helena vestida de negro y la etérea Cassandra vestida de blanco no dejaban a nadie indiferente allí por donde pasaban. Más de uno pensó que estaban ante el

binomio de una guapa y sensual guerrera y una preciosa elfa.

Caminando con garbo a pesar de lo alto de los tacones, Helena dijo:

—Luego tengo que pagar todo esto.

—Al final haremos cuentas, lo que importa es pillar a tu Rafael. Espero que no se haya corrido, eso complicaría las cosas para ti.

La española no había pensado en eso. Se notaba que Cassandra era toda una sacerdotisa en lo que a sexo se refiere.

Recorridos varios pasillos y ambientes, las dos mujeres se aproximaron a un salón de tamaño mediano y altas mesas con taburetes. Era la antesala a la que se asomaban las puertas de varios reservados. Todos estaban cerrados menos uno, que tenía a varias parejas en el quicio, mirando hacia dentro.

—Parece que tu marido sigue en sus trece —dijo Cassandra.

Justo antes de llegar uno de los agentes encubiertos las interceptó.

—Jefa, tenemos un problema en una de las mazmorras. Una pareja se enojó con la reportera alemana que está haciendo el documental sobre la inauguración.

—¿Los grabó sin permiso?

—No. Pero tengo un palpito. Sospecho que quieren armar barullo para sacarnos algo, tal vez una afiliación o algún descuento. Como los pollos que montan los *influencers* en los restaurantes para no pagar la cuenta.

A la elfa le salieron cuernos y cola roja.

—Hace mucho que no me meriendo a un par de listillos.

La italiana tomó la mano de la española.

—*Élena*, debo marchar. Estos asuntos se resuelven en caliente. Tú debes tener confianza estás bellísima, saldrá *tutto bene*.

Dicho esto, dio media vuelta, y se internó en las entrañas del *FyG*, seguida por su fiel escudero.

* * *

Helena se abrió paso entre los espectadores, casi todos vestidos debido a la cercanía del amanecer y de la consiguiente hora de cierre del *FyG*. Lo que estaban presenciando anunciaba el también cercano orgasmo de *el tío que no se corre*.

Lo primero en lo que se fijó Helena fue en la polla de Rafael, ese miembro al que ella misma le había dado carta blanca para follar, pero que en el fondo nunca creyó que usufructuara de esa prerrogativa.

El pene estaba tan empalmado como la última vez. Pocas veces lo había visto así de grande, duro y cabezón. Al levantar la vista supo por qué su marido estaba así: compartía cama con las tres *cougars*, la morena, la pelirroja y la de azul, solo que en vez de llevar sus vestidos de tubo estaban...

Helena sintió como si el suelo se abriera bajo sus pies.

¡Estaban vestidas como ella! De corpiño ceñido negro, con ligueros que sostenían tres pares de medias negras, ninguna con bragas, todas con las tetas por fuera del corsé, las tres de pie sobre la cama y abriéndose los coños ante la desorbitada mirada de Rafael, que solo tenía ojos para la manada de lobas. Parecía un cordero hipnotizado por tres pares de iluminados ojos que flotaban en la oscuridad.

Lo que percibía Helena era muy distinto: tres zorronas vestidas para matar pero con la misma ropa que tenía ella. ¿En qué la convertía eso? ¿En otro putón verbenero, pero invisible

para su marido?

La ejecutiva sintió como si le clavarán muchos puñales con mil y un dolores, siendo los más agudos el de su autoestima, el de su ego y el de su corazón.

«Debes tener confianza, saldrá *tutto bene*» las palabras de Cassandra resonaron en su cabeza.

«¡*Tutto bene* un cuerno!» se dijo Helena. A su alrededor el tiempo pareció detenerse para ella, pero no para los cuatro de la cama. Las tres *cougars*, con la morena en el centro, bajaron y se colocaron sobre manos y rodillas, una al lado de la otra, presentando sus redondos y suculentos culos tanto a Rafael, como a ella, solitaria al pie de la cama y también a los espectadores, que sonreían ante la expectativa de una escena que era un clásico de las películas porno.

El empalmado Rafael se colocó detrás de la primera mujer, la ubicada a la derecha, de cuerpo generoso y pelo azul. Sin arrodillarse y con las piernas flexionadas, guió con una mano su goteante glándula hasta los primeros y abultados labios vaginales, que sonreían en vertical a Helena. Solo bastó una inclinación de su cadera para meter toda la polla en su coño, haciendo gemir a la mujer.

Helena observó el acto sexual dentro de una burbuja temporal, con la mirada clavada en la espalda de Rafael, en su culo y en sus colgantes y engrandecidos testículos. Poco después y como si jugara a la Rayuela con ellas, el pene saltó de la vagina de la morena a la vagina de la pelirroja que estaba a la izquierda. Al mismo tiempo Helena se torturaba a sí misma diciendo que ni siquiera alcanzaba el rango de segundona. Por delante de ella estaban tres ávidas mujeres, las que se llevarían el oro, la plata y el bronce en esa absurda competición en la que había derivado esa maldita noche, aventura que había comenzado por un momento de ofuscación de su parte.

Cuando después de un rato, el pene de Rafael volvió a cambiar esta vez para sumergirse en el coño central, el de la morena, lo encontró tan dilatado y experimentado como los otros dos. Para ese momento la ejecutiva tenía un nudo en la garganta. Sintió la necesidad de abandonar ese reservado sin que Rafael supiera que había estado allí. El problema era que sus piernas estaban disociadas de su voluntad. De haber obedecido, le habrían evitado la humillación de ser descubierta... Pero no por Rafael, sino por la *cougar* morena.

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí?

La mujer morena habló mientras cambiaba de postura. La pregunta hizo que la de pelo azul, la pelirroja, Rafael y otras tres parejas fisgonas centraran su atención en Helena, que sintió el escrutinio de todas las miradas que detallaban sus tacones de aguja, que hacían aún más largas sus tonificadas piernas cubiertas por las medias de seda sujetadas con ligueros, el corsé bordado que remarcaba su breve cintura y daban a sus pechos la sensación de desbordarse por su escote palabra de honor. Además, el tanga de encaje negro dejaba entrever su coño y dejaba libre sus gloriosas nalgas. Su *outfit* era electrizante, sobre todo porque su larga melena rubia estaba suelta en lugar de llevarla con su ajustado moño habitual. Parecía una amazona. Era el sueño húmedo de cualquier hombre y su plan era que también lo fuera de su marido.

La morena entrecerró los ojos. Desde que había entendido que *el tío que no se corre* era el marido de aquella que había conocido en la barra del bar, había decidido darle una lección por ser tan engreída en su primer día.

Rafael quedó boquiabierto y solo tuvo ojos para Helena. Su reacción puso en guardia a la *cougar* morena ya que lo notó complacido de ver a su esposa vestida como ellas. Era más que probable que si su mujer se lo pedía, se fuera con ella. O que él la invitara a su pequeña orgía.

—Chicas —la morena miró a sus compañeras, sentadas al borde de la cama—, preparad a

este semental para nuestra famosa comida de polla a tres bocas.

Rafael dejó de mirar a su mujer. Su revigorizado pene también dejó de apuntar hacia el tanga de encaje. Con una sonrisa de oreja a oreja se dejó arrastrar por el hechizo de las dos compinches quienes, con mimos y susurros, lo acostaron boca arriba dejando reposar su cabeza en una mullida almohada.

La morena aprovechó el rito preparatorio para acercarse a Helena. Con fingida sonrisa le habló al oído:

—Te dije que no abandonarás a tu marido en un día tan importante como este —la mujer acercó su nariz a su mejilla, para oler la tristeza y la decepción de la novata—. El recuerdo que tu hombre atesorará de esta experiencia será el de nuestras tres bocas llenas con su abundante leche.

Sin más que decir, la morena subió a la cama, se arrodilló entre las piernas de Rafael y envolvió con sus labios el palpitante glánde. Muy cerca, a cada lado del mástil, otros dos pares de labios iban y venían desde la base hasta la punta. Cada tanto las tres trenzaban sus lenguas en la cúspide en un orgiástico beso a tres bocas más glánde, virguería erótica que a un enloquecido Rafael le hacía arquear la espalda y gruñir como un salvaje.

Helena se vio a sí misma como uno de los maniquíes de la sex shop de Cassandra que, si bien estaba vestida de sexy cabaretera, nadie le hacía caso por ser un cuerpo vacío por dentro. Pero la realidad era otra, su interior era un hervidero de sensaciones, a cual más desagradable. Era como estar en un incendio pero siendo un maniquí. Se sentía ahogada y atrapada en un mar de fuego pasional que -Helena volvió a martirizarse a sí misma- había encendido ella.

La ejecutiva se forzó a pensar que no era de plástico y que no estaba obligada a estar allí. Podía y debía huir de ese sitio.

El problema era que su orgullo se lo impedía. Ella era la campeona del manejo del personal, alguien reconocido por su habilidad para manipular a las personas, no de ser manipulada como estaba siendo en ese momento.

En la cama las tres habían cambiado de proceder, alternándose para meterse todo el falo, pegando sus labios en la base y relajando sus gargantas para no sentir arcadas. Helena jamás imaginó que eso fuera posible. Llegado el turno de la morena, la líder de la manada hizo la proeza de tragárselo entero con sus ojos clavados en los de Helena.

La ejecutiva no pudo aguantar más. Se sentía humillada, necesitaba salir de ahí, no quería ver a esa mujer conquistar el mundo en el que moraban las fantasías eróticas de Rafael.

Roto el maleficio, Helena se giró y se encaminó a la puerta. Pero no pudo atravesarla. En vez de tres parejas, en ese instante había una pequeña muchedumbre desparramada a ambos lados. Por lo visto se había corrido la voz de la inminencia del orgasmo de *el tío que no se corre*.

Con los gemidos de Rafael por detrás y un bosque de lujuriosos rostros delante, Helena se sintió caer, como engullida por un pozo sin fondo. Aunque no los veía, sentía que a su lado también caía un sinfín de jóvenes, aquellos que se había follado en sueños más los que se había follado esa noche. Entre ellos caían también ordenadores y tablets, algunos con escenas de folleto, otros con páginas porno, uno con Cristina en la sala de prensa y, también una gran pantalla en la que aparecía ella misma, pero en vez de estar desnuda o con corsé negro, ligero y medias, aparecía con un desangelado vestido de tubo negro.

Un único y profundo sollozo hizo añicos la terrible ensoñación. Acostumbrada a no llorar desde hacía décadas, Helena luchó y cortó las lágrimas. El esfuerzo le sirvió de asidero para reconectar con la empoderada mujer que siempre había sido.

El encuentro consigo misma ocurrido en lo más recóndito de su espíritu la impulsó hacia arriba, sacándola del nebuloso pozo en el que había caído.

Una vez los bufidos de Rafael y los rostros lascivos volvieron a hacerse presentes, Helena inspiró hondo, se giró y caminó hasta el pie de la cama.

El inesperado movimiento causó expectación en los presentes que se preguntaron cuáles serían sus intenciones. El pensamiento generalizado fue que se incorporaría a la orgía, tal vez tomando la voz cantante en la felación, idea que no agradó a la mujer morena.

Pero no, Helena no se subió a la cama. Ni siquiera la rozó. Sin mediar palabra y con la atención de todos pero en particular de Rafael, comenzó a desnudarse sosteniéndole la mirada. Sus movimientos carecieron de toda sensualidad, eran simples, con ese aire monótono con el que toda esposa se desnuda ante su marido al final de una jornada laboral agotadora.

La *cougar* morena sonrió con malicia, contenta al ver lo que le pareció un inexperto intento de ganar protagonismo. ¡Como si un hombre fuera a rechazar a tres mujeres por estar con su esposa! Con mirada triunfal rodeó con sus dedos la erecta polla y la acercó a su boca, dispuesta a darle una lección a esa mujer rubia y arrogante y de paso, ganar la porra.

Pero el pene se le escapó de la mano. De un envión Rafael se sentó lejos de las tres mujeres y muy cerca del cabecero. Con la espalda apoyada en la pared, el hombre observó embelesado esos familiares movimientos de su esposa. Su mirada era otra, ya no había indiferencia, ni rabia, ni malhumor. Era ella, sin las tensiones, sin las prisas, sin la rutina. Su Helena.

Cuando ella se quitó la segunda media, le quedaron solo el tanga y sus taconazos. El primero corrió la misma suerte que las otras prendas: se lo bajó sin artificio alguno y lo colocó doblado sobre el resto de la ropa. Después, cuando se quitó los *stilettos* negros, no solo se bajó de sus tacones, también lo hizo de su arrogancia. Al final lo único que quedó en contacto con su cuerpo fue la minúscula pulsera de goma del FyG.

Desnuda de pies a cabeza, la esposa miró al esposo, estiró la mano y con voz baja dijo:

—Te amo y te necesito.

El silencio reinante hizo que las palabras resonaran entre las paredes del reservado.

Rafael se desplazó a un lado, bajó de la cama y cogió la mano de Helena, que lo guió hacia la puerta, despejada como por arte de magia por hombres boquiabiertos y mujeres emocionadas.

Un minuto después un trozo de la pared del fondo del Gran Atrio se abrió con un ligero zumbido eléctrico. Una vez Helena y Rafael cruzaron el iluminado umbral, la puerta se cerró tras ellos.

* * *

El reservado VIP era como un camarote de barco, pequeño pero lujoso. Helena y Rafael caminaron, aún cogidos de la mano, hasta la ducha. Después de dejar las pulseras sobre el lavabo en gres, se metieron bajo el enorme difusor que ipso facto soltó una tupida cortina de agua a una temperatura perfecta.

La mano de él primero y la de ella después, puestas bajo el dispensador automático de gel, transformaron la lluvia en una catarata de pompas jabonosas. Helena no recordaba la última vez que se habían duchado juntos y tampoco le importaba. Se sentía serena, cuidada al sentir las manos de Rafael ir y venir por su cuerpo, esparciendo gel y, después, recibiendo agua con el pequeño difusor auxiliar tipo telefonillo.

La primera vez que ambos articularon algún sonido fue cuando enjabonaron sus respectivos sexos. Suaves risas cómplices precedieron un primer beso mientras ella masajeaba su erecto miembro, escurridizo a causa del gel. Él le guiñó un ojo a ella cuando metió un dedo en su vagina. El contacto con esa vieja conocida aceleró el pulso de Rafael quien, sin decir palabra, enganchó con una mano la corva derecha y elevó su pierna.

Los pequeños y cortos gemidos de Helena lo incitaron a seguir adelante. Enganchada de su cuello, inclinó su pelvis para ofrecer su palpitante y ansiosa vulva.

La penetración fue suave y placentera como nunca. Presa del deseo Helena se impulsó con el pie que aún estaba en el suelo y abrazó con sus piernas la cintura de su hombre.

El inusual frenesí sexual que se había apoderado de Rafael esa noche le ayudó a responder como el más experimentado de los amantes. Con una mano en cada nalga sostuvo a su mujer hasta apoyarla contra el muro de baldosas. Sus bocas se buscaron anhelantes, como si se reencontraran después de tan larga ausencia. Continuaron besándose al tiempo que Rafael se introducía en ella. Todo era al mismo tiempo nuevo pero a la vez muy conocido. Helena sintió como su sexo se cargaba de una energía diferente y abrasadora que le erizó la piel, haciéndola gemir cada vez más fuerte, hasta que un orgasmo arrasó sus sentidos, dejándola temblorosa en los brazos de Rafael, mientras sus espasmos vaginales apresaban su erecto pene.

Cuando volvió en sí, miró a Rafael con una única pregunta reflejada en el rostro.

—No, no me corrí, cariño. Aquí no, vamos a la cama, ¿sí?

Helena quería preguntarle el origen de ese estado de gracia sexual. Se moría de ganas por saber por qué o cómo había logrado ese inédito control sobre sí mismo o, siendo más precisos, sobre su pene y testículos. Él jamás había experimentado nada parecido. El sentido común le dijo que no era momento para pedir o dar explicaciones.

Las toallas no recorrieron mucho tiempo sus cuerpos. Ambos ardían en deseos de continuar, como cuando eran jóvenes y dedicaban tardes enteras al sexo. Pero a diferencia de esos largos encuentros plagados de posturas y pausas entre ellas, Rafael y Helena bajaron la intensidad de la iluminación y se metieron bajo las sábanas, transformando esa cama pensada para escarceos lujuriosos en un segundo lecho nupcial, el jardín secreto para un reencuentro que ninguno de los dos se había dado cuenta que necesitaba con locura.

Colocados a cada lado tal y como solían yacer en casa, marido y mujer se tendieron uno frente al otro, él recostado del lado derecho y ella del izquierdo. Con lentitud uno acarició la cara del otro, primero con la punta de los dedos y luego con los labios. Los pequeños besos recorrieron los ojos, la frente y las mejillas del otro antes de detenerse en los labios, donde sus lenguas se hundieron en sus bocas, degustándose como si fuera la primera vez.

Decidido a saborear el sexo de su mujer después de esa noche de inusual promiscuidad, sintiendo morbo y al mismo tiempo necesitando sentirla suya a un nivel más profundo, Rafael exploró con labios y lengua el cuerpo de Helena, comenzando por el cuello. La femenina piel se erizaba a medida que él la besaba detrás de las orejas y recorría su cuello, bajando hacia sus pechos, donde chupó los pezones con ahínco, haciendo que su lengua juguetona acariciara más allá de las aureolas, volviéndola loca con una combinación de besos, ligeras mordidas y lamidas de sus magníficos senos. Gozosa, Helena se juntó los pechos, para que él se divirtiera con su canalillo.

Ella se retorció de placer bajo su marido, gimiendo y pellizcándose los pechos. Verla tan excitada, encendió aún más a Rafael, cuya perenne erección se hizo aún mayor. Su mujer era una diosa en la cama y ahora que ambos habían pasado por otros compañeros de juegos, se la notaba más segura, más serena, más hermosa aún. Siguió recorriendo el cuerpo suave con su lengua hasta llegar al húmedo coño que adoraba. Helena no quería quedarse pasiva y con un movimiento fluido, sorprendió a su marido colocando su cara bajo el pene y dejando su vulva expuesta para la boca hambrienta de Rafael.

Tener el sexo del otro frente a sí les hizo agua la boca. Era como si ninguna de las felaciones y cunnilingus que ambos habían practicado esa noche, hubieran ocurrido. Se

deleitaron el uno en la otra y viceversa, como solían hacer antes de su crisis. Este remolino de emociones y experiencias los había sacudido para dejarlos fortalecidos. Siguieron amándose hasta que un gemido inconfundible de Rafael les dijo que era hora de cambiar la postura si querían continuar su fiesta privada.

—Te quiero encima, cariño —dijo ella.

—¿No quieres a cuatro patas, como siempre?

—No, te quiero sobre mí. Quiero mirarte a los ojos.

Una vez se giró, Rafael se puso de rodillas y poco a poco, se extendió sobre Helena. Abiertas las piernas solo lo suficiente, ella asió su pene y lo condujo hasta su húmeda vulva, que recibió gustosa su gran envergadura.

Con sus fuertes brazos tensos para no aplastarla con su peso, él mantuvo su torso en alto. Pero Helena lo atrajo hacia su pecho, lo abrazó con fuerza y lo besó hasta casi hacerle perder el sentido.

Rafael tuvo que hacer acopio de toda su voluntad para no dejarse ir y comenzó un lento vaivén, íntimo y amoroso en el que el pene salía muy poco y luego volvía a entrar llegando hasta lo más hondo de la vagina.

El movimiento enloquecedor de sus caderas se hizo más frenético y su respiración más intensa. Colocaron mejilla con mejilla en un estrecho abrazo, enmarcado entre jadeos y gemidos mucho más profundos de los que habían experimentado. Con sus sentimientos a flor de piel por las inéditas experiencias vividas en ese extraño y lujurioso ambiente, la pareja se catapultó al más colosal orgasmo de sus vidas.

Muchos minutos después, cuando ambos lograron recuperar el sentido, Helena se recostó sobre el pecho de Rafael y dijo:

—Te amo, vida mía.

Rafael le alzó el rostro para besarla.

—Yo también te amo con todo mi ser, mi cielo.

* * *

El karaoke situado a un par de calles de la Corporación ya no le pareció tan grande como siempre creyó que era.

«En el FyG cabrían al menos veinte locales como este», pensó Helena mientras bebía su rebujito.

Sentada en el alto taburete la directora de Recursos Humanos miró su reloj. Luego giró el banco para sonreír y aplaudir al presidente, pleitesía obligatoria cantara bien o no. A él era el único que nadie se atrevía a abuchear a pesar de que en cada visita mensual al karaoke le exigía a los miembros de la alta gerencia que fueran sinceros y que no mintieran sobre sus escasas dotes musicales.

Unida a los aplausos antes de que terminaran, Daniela se sentó junto a Helena.

—¿Qué? ¿Me perdí su primera canción entonada?

—Ese no cantará bien en su vida —Helena miró a su azorada amiga—. Tía, estás viciadísima con esos polvos con seguratas. Te van a terminar pillando. O grabando, como a Cristina.

—Tal vez los deje y te siga los pasos... Desde que Zelalem dejó este karaoke no es lo mismo. El portero caribeño que tienen ahora es muy salido y folla bien, pero le falta lo que al otro le sobra.

—A cualquiera le falta lo que le sobra a Zelalem. Es como el negro del wasap, pero bello y

fuerte —Helena hizo una pausa para señalar con la mirada el muy abierto escote de Daniela—. Y ahora abróchate todos los botones, so zorrón.

La mujer hizo caso a la recomendación.

—Tenía que darme prisa para estar cuando el presi cantara —Daniela entrecerró los ojos y con disimulo se asomó en el escote de Helena—. Hablando de zorrónas, ¿qué es eso que noto ahí dentro?

Helena lanzó una ojeada al barman. Al verlo agachado y ordenando copas, se abrió un poco la blusa dejando ver un exquisito sostén de encaje del mismo tono de su piel.

—¡Ahí va! Que lujazo. ¿Y eso?

—Me lo regaló Rafael para que lo estrene hoy en el FyG. —Helena miró de nuevo su reloj—. Ya debe estar al caer. En el coche están las medias, el ligero y los tacones. El tanga ya lo tengo puesto.

—¿Y con qué vestido irás? Imagino que no con este traje de ejecutiva seria, responsable y de intachable moralidad.

—Claro que no. Esta ropa se queda en la taquilla. De resto iré con lo que te dije... —Helena puso voz gruesa—. Nada más que agregar, su señoría.

—¡Joderrrr! ¿Quién te ha visto y quién te ve? Para colmo es tu marido el que te regala el modelito para que seduzcas a otros.

—Le encanta pasear por el FyG con él vestido de traje y corbata y yo en tacones, ligeros, tanga y sostén. O también con un corsé. Se pone palote al ver la reacción de los hombres —Helena apuró su rebujito—. Y de las mujeres.

—¡Ay! De tal guarro, tal guarra. La próxima vez avisa, no seas mala amiga. Os quiero acompañar para conocer de una vez por todas el famoso FyG —Daniela señaló hacia la puerta del karaoke—. Hablando del rey de Roma...

Rafael caminaba hacia la barra. Nada más verlo en su imponente traje gris oscuro -con camisa y corbata a juego con su sostén y tanga- a Helena se le humedeció el coño. No entendía cómo podía estar siempre cachonda. Llevaban un mes follando en casa como conejos, con idas al FyG cada viernes y sábado. Aún así quería más, tanto con él, en casa, como con otros en el local de Cassandra.

—Vale Daniela, prepárate para mañana, te llevaremos con nosotros. Tendrás suerte porque estarán Zelalem y un amigo italiano.

—¿El piscinero?

Rafael las alcanzó mientras Helena asentía. Dio dos besos a Daniela y uno en la boca a su esposa.

—¿Qué tramáis, chicas?

—Mañana la llevaremos con nosotros al FyG —Helena ajustó el pañuelo que sobresalía del bolsillo del traje—. Por lo visto somos una mala influencia.

—Hablando de influencias —Rafael hurgó en el bolsillo interno de la chaqueta—, mira lo que me entregó un mensajero hoy en la tarde.

—¡La tarjeta VIP del FyG! —los ojos de Helena lanzaron chiribitas.

Rafael ofreció el brazo a su mujer.

—Vamos, señora directora, la invito a estrenar esta tarjeta.

Después de la obligatoria rueda de despedidas con los compañeros de la Corporación, Helena y Rafael se encaminaron a la salida del karaoke, escoltados por la complaciente mirada de Daniela.

FIN

SOBRE LA PERSONA QUE ESCRIBIÓ ESTA OBRA

M. K. Altair es el seudónimo tras el cual se ocultan dos facetas muy distintas. La primera, formal y pública, es la responsable de la autoría de varios libros, algunos de los cuales han alcanzado cierta notoriedad. La segunda faceta, privada e incógnita, transcurre en el secreto mundo *swinger*. Sus primeros pasos en el círculo liberal los dio a finales del siglo XX. Esto le brindó la oportunidad de presenciar muchos cambios, entre los que destaca la irrupción de Internet en el proceso de búsqueda y consolidación de encuentros y relaciones *swinger*. Entre otros haberes de una dilatada e intensa vida liberal está la de haber fundado y gestionado uno de los primeros foros *swinger* en lengua castellana y asistir -junto a su pareja de toda la vida- a no pocas inauguraciones de locales de intercambios, tanto en España como en Europa.

Esta primera *novelette* de M. K. Altair bebe de tres fuentes: la experiencia propia; ser testigo de acontecimientos y, por último, ser confidente de infinidad de vivencias, contadas en la intimidad de una cama o en conversaciones durante cenas, fiestas, excursiones o cruceros *swinger*.

Existen dos maneras muy válidas por las que una persona puede escribir sus historias: la imaginación y la experiencia. Lo que cuenta M. K. Altair proviene de la **propia experiencia**, cual corresponsal que escribe desde la línea del frente.

¿Continuará M. K. Altair contando sus intensas vivencias? Todo dependerá de la acogida de esta primera *novelette*.